
13-2-03

Axxón 124, marzo de 2003

Editorial - Axxón 124



Iba a decir que este será un Editorial diferente... pero no es cierto. Por lo menos lo dudo mucho. No puedo salirme de este Eduardo Carletti que está escribiendo... no puedo y no necesito hacerlo. Si fuera un trabajo, o fuera un negocio, debería buscar el modo de alabar y atraer. Pero no lo es. Los propios lectores que me piden editoriales que hablen exclusivamente del contenido de la revista y de generalidades sobre la CF, que me instan a quejarme menos de mi realidad, son los que hacen que esto sea así. ¿Por qué? Porque no son los que influyen en mí. Esta revista no está orientada a ninguna masa; es una obra, simplemente, un trabajo que intento hacer con arte y que sale como es: como la obra de un artista que **no** está presionado por la necesidad de vender sus productos. Esto es muy bueno.

Si esto fuera tan grande como pudiera llegar a ser, si a través de este Editorial y el resto del trabajo en la revista y el sitio yo pudiese vivir —comer por lo menos—, quizás me preocuparía por mantener una ficción: la ficción que espera escuchar la masa de lectores. Si algo tiene de bueno este sitio, y esta revista, es que no tiene anclas económicas. Ha podido permanecer aunque nosotros nos muramos de hambre. No es mérito mío: muchas personas lo hacen posible con su aporte. Algunas mucho más que yo.

¿Qué significa esto último? Que **no** estamos obligados a cumplir condiciones para seguir adelante. Esto es muy bueno.

Algunos lectores me han pedido que deje de lamentarme y mostrar mi amargura. No tienen ni idea de lo que siento. Por suerte son pocos y creo que no estoy solo en mis sentimientos. Seguramente hay otras personas en este mundo de bits que sienten como yo. De todos modos, después de más de cien Editoriales que he escrito, no sé cómo piensan que voy a cambiar porque me lo digan. Sé que en otras épocas estos textos transmitían felicidad y fuerza. También la transmitía personalmente, creo. En estos días de crisis me han llamado, en algunas ocasiones visitado, algunas personas que querían encontrar de nuevo al Eduardo de esa época. Lo noté.

Lamento haberlos decepcionado. Lamento que si transmito algo es, simplemente, mi realidad.

Pero no soy un amargo, no nado en el fracaso ni estoy por suicidarme. Por eso digo que algunas personas no tienen idea de qué es lo que de verdad pasa dentro de mí. Axxón es un logro que pocas personas pueden tener en sus vidas. No es trabajo mío solamente, es trabajo de todos. Yo he sido una pieza y me siento muy, pero muy feliz de serlo aún. Esto es **muy** bueno.

No saben cuánto me enorgullece lo que hago. Y cuánto lo amo. Todas las demás sensaciones que despierte en estos Editoriales, todo el rechazo que pueda producirles que relate mis desventuras, no tiene ninguna, absolutamente ninguna importancia. Lo que importa, lo que es REALIDAD con mayúsculas y letras de oro, es lo que produce esta revista en algunas personas. Quizás pocas, posiblemente muchas. Llamémosle impacto. Llamémosle huella. Llámenlo como quieran. A los que no se les ocurre nada, a los que no les produce nada… pues nada. ¿Qué les voy a decir?… Internet es tan grande. El mundo es tan grande… hay tantas cosas para ver.

No sé si prometí, anuncié o dije, simplemente, que iba consignar aquí mis conclusiones sobre las respuestas a mi pedido de opinión. Sí, voy a hacerlo, no se preocupen, este es un Editorial para ustedes: para los que escribieron, también para los que tuvieron la intención de escribir, aunque no lo hayan hecho.

Van los resultados:

Recibí muchas cartas. Es un hecho importante. No tantas en la Lista Axxón, en realidad bastante pocas teniendo en cuenta la población. Esto es significativo. Me dice que la Lista puede tener otros intereses y que la revista ahí puede ser más bien secundaria… incluso menos que eso. Digamos mejor que me lo confirma, porque ya lo había notado. No es una queja ni un ataque. Es correcto. Una lista de correo es lo que es y si pretendiera que fuese otra cosa seguramente terminaría con diez personas anotadas y cinco mensajes por mes.

Pero también pedí las opiniones a través de este Editorial, incluso pensando, por momentos, que por ahí no lo leía mucha gente. Digo por momentos porque en otros estados mentales creo que sí lo leen. Y parece que es así. Recibí una cantidad importante de mensajes. Algunos muy detallados. Debo dar las gracias en este lugar, porque aquí **sí** es importante la revista. Aquí estoy yo, vestido, peinado y bañado, para recibirlos. Trataré de hacer como hacía el gerente de una empresa muy grande en la que trabajé en las fiestas de fin de

año: se paraba en la puerta y nos saludaba uno a uno con nuestro nombre. La empresa tenía más de setecientos empleados y funcionaba extraordinariamente. Luego entrarán ustedes a esta revista y se encontrarán con aquellos que de verdad aportan al placer de la visita: los escritores, los dibujantes, los que proveen el material.

¿Cuáles son los resultados? Como el universo: entropía y azar. Me causa placer, y gracia, decir que se parecen ustedes al globo de gas de los profesores de física: las moléculas están entremezcladas y tienden al caos. Si alguna vez hubo una estructura, si alguna vez había átomos amargos de un lado y dulces del otro, más algunos incoloros y sin sabor ni olor, la verdad es que ahora la termodinámica los mezcló en un gas múltiple como el aire y no se puede hablar de tendencia sino de características generales: tienden ustedes hacia la variedad, el caos y la diversidad.

¿Es esta una conclusión? Sí, en parte. La variedad de opiniones es impresionante. Se puede decir que no hay nada en la revista que les guste enteramente a todos ni tampoco algo que nadie quiera ver. Lo mismo pasa con lo visual, tema sobre el cual algunas personas se han tomado bastante tiempo de discusión en la Lista. ¿Define algo esta variedad e indefinición? Claro que sí. Me dice que la revista puede atraer —y de hecho atrae— a una variedad grande de personas. Esto es **muy bueno**.

Es un verdadero logro.

Algunas cartas me produjeron una gran satisfacción y algunas hasta me emocionaron. Otras me causaron un gran dolor en el corazón. Ambas son importantes, aunque no de la misma manera. Considero las dos; incluso muchos saben ya que sus opiniones —dolorosas o no— son tomadas en cuenta, porque ya vieron los cambios. Y habrá más. Creo que esto también es muy bueno. Cambiar es bueno. Es evolución.

Ahora quiero escribirles especialmente a esas personas que de verdad sienten como yo. Este Editorial, la revista, mis dolores de cabeza, mi sufrimiento, mi placer, mi amor, mis fuerzas, mi sangre y mi vida son para ustedes. No creo que haga falta decir más.

Quizás que tener unas pocas personas así cerca de uno, trabajando, apoyando o simplemente acompañando, **es muy, pero muy bueno**.

Eduardo J. Carletti, 1 de marzo de 2003
ecarletti@axxon.com.ar

Correo 124

Equipo Axxón

Mi Querido Eduardo:

Febrero 7, 2003

Te escribo desde el otro extremo de esta amada Latinoamérica -tan llena de contrastes- para deshojar un poco mis vivencias tras cumplirse mi primer año de vida nueva con Axxón.

Tú posees un grandioso don de escritor. Con él deletreas las imágenes forjadas en tu mente, que a tus lectores nos llegan en forma de gestos, actitudes, acciones, silencios… Das forma a la palabra con la habilidad con que un escultor da vida a la piedra amorfa y traes lo innombrable a la superficie, a la luz.

Buscas con ansia la verdad -o, al menos, una verdad plausible- y medios y herramientas con los que compartirla. A veces esa búsqueda, esa ansia, te lleva al agotamiento y a las orillas de la desesperanza. Y el cielo se vuelve un poco más gris, o quizá tu cabello un poquito más blanco.

El día último de cada mes, desde el atardenochecer y hasta altas horas de la noche, tus manos hacen magia para regalar al mundo un pedazo de ciencia-ficción en bits.

Para mí todo comenzó un día cualquiera, cuando un desconocido llamado Martín Brunás me envió un mensaje hablándome de Axxón, e invitándome a conocer la página y la revista. El resultado ha provocado uno de los cambios más grandes en mi vida. Yo, que soy una errante de las oscuridades, que no me quedo con nada ni con nadie por mucho tiempo, que estoy siempre dispuesta a partir, aquí me hallo, embebida por un encantamiento que no sé describir con palabras. Lo impensable ha ocurrido

y no puedo estar más feliz.

No puedo por menos que agradecer a todos los colaboradores presentes y pasados, y a los lectores de todas las épocas, su labor por mantener viva esta comunidad. Doy mi testimonio de que esa labor produce transformaciones reales en las personas. A los compañeros con los que mantengo trato personal, mi gratitud por su cariño sincero. Para ti, Eduardo, no encuentro gracias suficientes por tu tesón, tu ingenio y tu fe (aunque a veces se malgaste un poco por el uso).

A todos, unos pedacitos de "Invitación":

Vamos a limpiar nuestras heridas,
vamos a seguir brotando sangre
roja, densa, nube rota, oscura.
Vamos a partir en dos la luna
agotada de vivir, diosa elegida
por poetas de locura inacabable.

[…]

Seamos transeúntes del absurdo,
caminemos por los bordes de la nada.
Riamos de pronto,
sin motivo,
sin razón.
Viajemos de punta a punta del olvido,
regalemos de un pedazo el corazón.

Lloremos entre todos soledades;
el amor entregado sin medida,
adherido a nuestra pluma penitente.
Nuestro aliento perdido en la penumbra
entre rimas dedicadas a la muerte,
nuestras manos desbordadas en la lucha,
nuestros dedos descifrando los ayeres.

Mujeres
con profunda añoranza
y brazos abiertos.
Hombres

de frente anhelada
y rincones secretos.

Cómo habla
cada lengua silenciada
por tantos siglos de miedo.
Cómo bebe
cada boca naufragada
en un pasado de lamentos.
Y cómo canta
la piel enamorada
al saberse en casa
de nuevo.

Pilar, México

Pilar es una extraordinaria poeta, extraordinaria como escritora y como persona. Hemos establecido una amistad enorme, gigantesca, aunque nos separe una gran distancia. Pensándolo racionalmente, parecería que no nos conocemos mucho, no en el sentido habitual de cómo se conoce la gente. Pilar estuvo aquí, en Buenos Aires, pero en esa ocasión tuvimos poca oportunidad de conversar como se debe. De todos modos, sí nos conocemos. De una manera casi milagrosa, difícil de explicar. Nos hemos contado cosas por Internet. No muchas, sí las suficientes. Hay que decir que Internet es uno de los mejores resultados de la tecnología que conozco. Es una suerte que resista los intentos de los monstruos monopólicos para adueñarse de ella. Esperemos que la guerra que parece venir no influya demasiado en la libertad que se vive en la red.
Pilar está a mi lado constantemente. De muchas maneras, todas importantes. Faltaba, quizás, que al sentirse como yo me siento cuando este Correo está vacío (por eso no aparece en algún número), haya querido escribirme, escribirnos a todos.

Eduardo J. Carletti

Lunes 24 febrero de 2003
Estimado Eduardo
Colega y amigo

He leído tu editorial de la Axxón 123. Me gustó. ¡Cuánto nos parecemos todos los sobrevivientes de esta parte del mundo!

Por si te sirve de consuelo, yo no tengo computadora. No tengo oportunidad de tenerla porque en mi país, LAS TIENDAS NO VENDEN COMPUTADORAS A CIUDADANOS CUBANOS. Si alguna vez se decidiera a venderlas, puedo estar completamente seguro que todo lo que me queda de vida no alcanzaría para ahorrar la cantidad necesaria para comprarla. Pero no es tan terrible. El resto de los escritores cubanos (que viven en Cuba) tienen el mismo problema.

Entre nosotros te diré que, El Guaicán Literario se hace con 32 horas al mes de tiempo de máquina, las que amablemente me ofertan en la Editora CubaLiteraria. Lo hago solo. Me es dificilísimo, estoy reventado y ya no aguanto más porque esto no da plata, lo que hace es quitármela. No tengo el tiempo para dedicarle, pues debo dedicarlo todo a las diferentes técnicas de supervivencia que hemos desarrollado los habitantes de esta Isla en los últimos 45 años. No tengo a más nadie para hacerlo, pero voy a seguir haciéndolo.

Y tú también vas a mantener Axxón en Internet.
Porque es la publicación virtual latinoamericana de más prestigio y calidad que tenemos.
Porque se hace con mucho amor y nos levantas la moral a todos, y nos enseñas, y has sido capaz de brindar desde sus páginas un panorama de la CF en la región, que nadie más ha logrado en tantos años.
No sé si lo sabes, Eduardo Carletti, Axxón dejó de ser argentina desde hace mucho tiempo, es nuestra, es latinoamericana y por ella hemos conocido que todos los escritores de esta parte del mundo somos una familia, vivimos bajo el mismo techo y tenemos los mismos problemas. Tal vez por eso siempre contamos el mismo cuento, aunque de distinta manera.

Se te quiere
Te seguimos queriendo todos los cubanos

Gerardo Chávez Spínola
Editor de El Guaicán Literario
www.cubaliteraria.com/guaican/index.html
guaican@cubaliteraria.com
gero@creador.icrt.cu

Una hermosa carta, con muchos motivos de emoción para mí. Y con mucho combustible, que de verdad necesito. Yo pienso que el pueblo cubano es un ejemplo en Latinoamérica. Les ha tocado vivir épocas muy difíciles, más difíciles y largas que la crisis que nos afecta ahora aquí, por la que tanto lloramos. Los cubanos sufren cotidianamente, en las cosas más básicas, presionados a una vida de carencias por un enfrentamiento de sistemas políticos, por cuestiones de principios entre dirigentes y una obcecación y ceguera de proporciones infernales. Sin embargo viven, gozan, progresan y hacen. He conocido la obra de muchos cubanos y la verdad es que, hablando de creatividad y capacidad, no tienen que envidiar nada a personas que vinimos mucho mejor, a pesar de carecer de nuestras facilidades. Gerardo relata la tremenda dificultad que significa no poder acceder a una computadora personal, a no ser por un préstamo institucional. Entiendo que para mí sería terrible, aunque es seguro que lo aceptaría y me ajustaría a esa realidad… debo decir con dolor que hoy lo sé mejor que nunca, en un sentido para nada teórico. Pero adaptarme no significaría no sufrir. Es imposible no sufrir cuando uno ve que otro posee en exceso, cuando uno debe presenciar como cosa graciosa que otra gente despilfarra o no aprecia lo que para uno es vital. Yo sufro cuando veo los terribles derroches en frivolidades que se regocijan en refregarnos por el canal E!-Entertainment, por dar un ejemplo, o como destrozan en miles de pedazos un laboratorio de investigación maravillosamente instalado para producir efectos en una película de Hollywood, ese monstruo idiota pero rico… mientras en muchos lugares del mundo no podemos acceder ni a comprar los materiales y el instrumental más básico. A veces me pregunto si sería posible juntar la fuerza corrosiva de la frustración de tantos habitantes del mundo que no pueden alcanzar ni la décima parte de los placeres y gustos que se dan esos otros, que tan duro juzgan a los demás, influenciados por la propaganda de sus sistemas y, sin ninguna duda, por su propio enorme y multimillonario egoísmo. Me imagino que ninguna tecnología podría contener esa fuerza corrosiva.

Eduardo J. Carletti

Enviar las cartas a ecarletti@axxon.com.ar

Desde que abrimos la Lista Axxón se han anotado enormidad de personas, y por esto muchas opiniones que antes se intercambiaban por el Correo ahora se presentan y discuten día a día en la Lista. No me pareció razonable extraer textos de opinión de ella para ponerlos aquí, ya que son medios diferentes. Espero que alguno de los "Listeros" mande de vez en cuando una carta para este Correo. No sea que lo dejemos huérfano…

Eduardo J. Carletti

Vivir a diario

Fabio Ferreras

Lorenzetti era un tipo común y corriente; vivía sin pretensiones. Existía, eso sí, un único detalle que lo diferenciaba del resto de los mortales: Lorenzetti no salía de su casa sin leer el horóscopo.

Si le pidieras que te explicara por qué ocurría lo que ocurría, probablemente respondiera que no le interesaba encontrar una explicación.

—Hay cosas que pasan porque son así; es el destino, compañero —diría—. Y no hay que darle vueltas al asunto.

¿Qué? ¿Que cómo es un día en la vida de Lorenzetti?

Lorenzetti se despierta temprano (debidamente sobresaltado por un reloj despertador al que lo une una indiscutible relación de amor y odio), camina hasta el baño, se lava la cara y los dientes, hace una o dos necesidades (según sea el caso) y se dirige a la cocina, donde en un par de minutos estará tomando el primer café de la jornada (al que lo seguirán varios más, en un número que oscila entre quince y veinte por día). Pero antes de aquel café, de camino hacia la cocina, Lorenzetti se agacha frente a la puerta de calle y se apodera del diario del día de la fecha. Para cuando sucede todo esto son las seis de la mañana y Lorenzetti sabe que el hijo del diariero le pasa dicho ejemplar por debajo de la puerta a eso de las cinco; hubo ocasiones (por lo general cuando algún problema lo mantuvo preocupado) en que Lorenzetti aguardó su llegada acurrucado junto a la puerta, alerta como un perro guardián… Aunque, por supuesto, tuvo la delicadeza de esperarlo del lado interior de la casa; no fuera que los vecinos pensaran algo extraño de su persona.

Además, ellos no lo entenderían. Ni él mismo lo entendía.

De manera que Lorenzetti siempre desayuna con el periódico desplegado sobre la mesa, con el aroma a café y a tostadas flotando en el ambiente. No le interesan las noticias de ninguna clase; él consulta directamente el horóscopo.

Programa su día de acuerdo a lo que le depara el destino.

Pongamos un ejemplo: imaginemos a Lorenzetti analizando su suerte en una mañana cualquiera, antes de salir hacia el trabajo;

en la sección de Capricornio encuentra la siguiente sentencia:

Capricornio (22 DIC. / 20 ENERO) Semana propensa a contratiempos, alejamientos y rupturas definitivas. Cuídese en las comidas. Mantenga la compostura en su lugar de trabajo. Su número de la suerte: 71.

Te aseguro que, en lo que resta de la semana, Lorenzetti no solamente se va a cuidar de los peligros potenciales (no caminará debajo de los balcones; cruzará las calles sólo por las esquinas; no abrirá la heladera ni descalzo ni con las manos mojadas), sino que directamente dejará de visitar a sus amistades para que no se produzcan aquellas supuestas rupturas definitivas. No conforme con eso, su cuidado en las comidas va a llegar al extremo de lo paranoico, hirviendo y recalentando los platos congelados para eliminar posibles bacterias, lavándose las manos antes y después de cada bocado, y hasta ingiriendo sales pre y post digestivas. Con respecto a su lugar de trabajo (que es agotador y un poco esclavizante y no merece ser descrito aquí), Lorenzetti adoptará una posición servil, inclusive denigrante, hasta extremos cercanos al masoquismo, con tal de controlar su temperamento ante los problemas que pudieran presentarse.

Con respecto al número de la suerte, a Lorenzetti no le gusta el juego, de modo que lo ignora alegremente.

Lo más extraño de todo, lo que puede llegar a considerarse inexplicable, es que Lorenzetti tiene la certeza (de hecho, ya lo considera debidamente demostrado) de que la fortuna que le describe el diario se ajusta con precisión a los sucesos que se producirán en su futuro inmediato.

¿Qué significa esto? Que si a Lorenzetti se le ocurre no prestarle atención a las advertencias que le dicta el horóscopo, las calamidades que se vería obligado atravesar podrían llegar a ser mayúsculas: que no te quepa la menor duda que los problemas se le van a presentar de la manera y en el lugar descriptos en el diario.

Y todos los días sucede lo mismo. Lorenzetti sale a la calle debidamente prevenido, como un hombre que lleva un paraguas invisible desplegado a su alrededor.

Y el horóscopo nunca falla.

Bueno, en realidad una vez pareció fallar, pero más tarde, ese mismo día y en la tranquilidad de su hogar, Lorenzetti pudo encontrarle una explicación racional a lo sucedido.

Mientras desayunaba había leído:

Capricornio (22 DIC. / 20 ENERO) Prepárese para vivir uno de los días más importantes en el aspecto

sentimental y afectivo. Conocerá a su alma gemela, así que permanezca atento. Su número de la suerte: 69.

Permaneció atento. ¡Ya lo creo que sí! Apenas dejó atrás el umbral de su casa, abrió los ojos como platos y salió caminando hacia la parada del colectivo, estudiando con sumo detenimiento a cada mujer con la que se cruzaba. En realidad no se cruzó con ninguna; la parada quedaba a sólo media cuadra de su casa, por lo que llegó en un par de zancadas. El colectivo arribó enseguida y se encontraba repleto de personas que se dirigían a sus respectivos empleos, como es común a esa hora.

Lorenzetti pagó el pasaje y comenzó a abrirse paso entre la atestada muchedumbre; prefería permanecer lo más cerca posible de la puerta trasera para poder bajarse a tiempo.

Estaría en la mitad del vehículo cuando vislumbró algo insólito: había un asiento libre. Jamás, en casi veinte años de tomar siempre la misma línea y a la misma hora, había encontrado un asiento disponible a esa altura del recorrido. Y el asiento de al lado estaba ocupado por la mujer más hermosa que viera en su vida. Lo peor de todo fue que la mujer captó su interés y le clavó la mirada, bajando las pestañas y curvando su boca en una sugerente semisonrisa.

No quedaba lugar para ninguna clase de dudas: se trataba de la chica del horóscopo.

Sin importarle los pies que pisó en su urgencia por llegar hasta el asiento, Lorenzetti avanzó hacia su alma gemela con el estómago repleto de mariposas.

Estaba a punto de llegar cuando un caballero de lentes, calva casposa y labio leporino, se le adelantó y se sentó en el asiento vacío… que ya había dejado de estarlo, por supuesto.

Lorenzetti quedó clavado en su sitio, alelado, contemplando cómo ambos entablaban una conversación y se reían a carcajadas.

¡Esto es injusto, gritó, para sus adentros, *ella me pertenece, me pertenece a mí! ¡El horóscopo me lo anticipó!*

No fue hasta la caída de la noche, y de regreso en su hogar, que Lorenzetti encontró la respuesta del enigma:

El tipo del labio leporino también es de Capricornio, como yo.

La explicación le pareció obvia, indiscutiblemente clara en su simpleza. Por otro lado, el horóscopo lo había dejado bien en claro: *Conocerá a su alma gemela, así que permanezca atento*. Pues bien, él había permanecido atento, pero lo cierto es que no había sido

suficiente. Otro capricorniano se le había adelantado por una diferencia no mayor al par de metros. Además, y haciendo una lectura literal de la frase, *conocerá a su alma gemela* no quiere decir que fuera a entablar una relación con ella. El horóscopo dijo que la iba a conocer, y él la conoció. Si la había perdido para siempre, pues bien, el destino lo diría.

Y el destino, en definitiva, hablaba con él día a día.

Y de esa manera llegó la mañana en que todo cambió. El despertador sonó y despertó a Lorenzetti, quien se dirigió al baño, hizo allí lo que tenía que hacer y pasó junto a la puerta de calle para recoger el diario. Hasta ese momento todo transcurrió según su típica rutina, sólidamente establecida.

Imagináte su sorpresa al encontrar dos ejemplares en lugar de uno. Los tomó a ambos y fue hasta la cocina.

Un rápido vistazo le hizo deducir lo que había sucedido: evidentemente, el diariero —en su apuro por terminar cuanto antes el reparto del día—, no sólo le había entregado su ejemplar sino también el del vecino. Además, el del vecino era el diario de la competencia, que él nunca había comprado. Lo hizo a un lado sin prestarle atención; tomó el suyo y se dedicó a estudiarlo mientras el café borboteaba sobre el fuego y las rebanadas de pan se tostaban en silencio.

El oráculo le habló.

Capricornio (22 DIC. / 20 ENERO) Permanezca atento a los cambios, que serán bienvenidos. Olvídese de esa rutina agotadora que lo tiene tan mal acostumbrado. Su número de la suerte: 00.

Le pareció una predicción bastante hermética, que no le terminaba de decir demasiado. ¿A qué se estaría refiriendo el horóscopo al señalarle que hiciera a un lado la rutina? ¿A su trabajo? ¿A sus hábitos alimenticios?

No se estaría refiriendo a…

Olvídese de esa rutina agotadora que lo tiene tan mal acostumbrado.

Bueno, si algo estaba claro era que hoy se había producido un cambio: el diario del vecino yacía junto al suyo, como un

espectador inocente preguntándose quién diablos lo había llevado allí.

Entonces lo entendió todo.

Permanezca atento a los cambios, que serán bienvenidos.

¡El horóscopo le estaba diciendo que cambiara de oráculo y que atendiera al pronóstico del otro diario!

Excitadísimo, casi tanto como aquel primer día en que se percató de que el porvenir había dejado de ser una incógnita, Lorenzetti abrió el segundo diario por la sección del horóscopo. Buscó Capricornio, y éste estaba allí, junto al dibujo de una cabrita que lo miraba de reojo, como burlándose de su reciente llegada. Lo que encontró lo dejó más que confuso:

CAPRICORNIO —del 22 de Diciembre al 20 de Enero—: Todo cambio repentino e inesperado sólo puede ser para peor. Olvídese de las innovaciones de todo tipo y conserve su rutina. Su número de la suerte: 99.



Ilustró: Valeria Uccelli

A Lorenzetti le comenzó a doler la cabeza. Por primera vez en años, no entendía lo que el horóscopo le auguraba.

Por un lado, estaba el diario de siempre, el de todos los días, recomendándole aceptar una variación de rutina… ¿Y qué otra forma había de interpretar aquello, que no fuera la de obedecer lo que el nuevo diario le aconsejaba?

Y por otro lado, el segundo diario le decía que los cambios no eran convenientes y que no abandonara su rutina… lo que lo llevaba, evidentemente, a regresar al primer diario… el cual no

hacía otra cosa que enviarlo de vuelta al segundo.

Estaba encerrado en un círculo vicioso. Seguía sin conocer su fortuna.

¡Y se le hacía tarde para ir al trabajo! ¡El colectivo debía de estar a punto de pasar por la esquina!

Consternado y desorientado, Lorenzetti tomó su abrigo y salió corriendo de casa, sin darse cuenta de que dejaba el café en el fuego y las tostadas inflamándose. Pronto dejarían de tener importancia.

Era una mañana lluviosa; los relámpagos hendían un cielo casi tan negro como la tinta fresca que manchaba los dedos de Lorenzetti, la tinta de ambos periódicos.

El colectivo ya llegaba; pudo verlo doblando en la esquina. Empezó a correr más rápido; no podía darse el lujo de perderlo.

La comprensión le vino en un instante, en un fogonazo casi tan fulminante como los rayos que surcaban la mañana:

El horóscopo es ambiguo; es veraz y sincero en sus vaticinios, pero también es ambiguo. Y eso es algo que, por fuerza, tiene que ser así: miles de personas lo leen diariamente, aunque sólo conmigo se ajuste a la perfección. Porque si no, ¿cómo haría el horóscopo para decirle a alguien que ya no tiene ningún futuro, que ha llegado al final del camino? Tendría que valerse de alguna astuta artimaña, como la que usó conmigo esta mañana, utilizando dos vaticinios contradictorios para…

Si le pidieras a Lorenzetti que recuperara la calma y que se tomara las cosas con un poco más de paciencia, él no podría prestarte atención, ya que patinaba sin control en el charco de la esquina y el colectivo lo pasaba por encima, con precisa eficacia.

Y en su casa, el fuego saltaba desde la cocina hasta la mesa, encendiendo ambos ejemplares en un único fogonazo repentino.

Fabio Ferreras

Es un gran gusto presentar nuevos escritores en esta revista, una labor que no se nota pero que venimos haciendo sin descanso durante años, con mucho éxito. Fabio Ferreras es Ingeniero Industrial. Es argentino, nacido el 25 de mayo de 1972 en Bahía Blanca, ciudad donde reside actualmente. De su fecha de nacimiento no sólo se deduce que tiene treinta años, sino que además nació en día feriado. Se sorprendió gratamente al enterarse de que su cuento sería publicado en Axxón. Lo curioso es que, aunque haya leído casi todos los relatos de los últimos números de la revista, justo cuando sale uno suyo no va a leerlo, porque dice conocerlo de memoria. Le gusta la ciencia ficción y la fantasía, además de expresarse en tercera persona cuando habla de sí mismo, como hizo en esta breve

Axxón 124 - marzo de 2003
Ilustrado por Valeria Uccelli

Los abuelitos bajo el árbol de mi casa

Marcelo Dos Santos

Ist es ein lebendig Wesen,
Das sich in sich selbst getrennt?
Sind es zwei, die sich erlesen,
Dasz man sie als Eines kennt?

Göethe

En 1505, los portugueses descubrieron la isla Mauricio, en el Océano Índico. La isla, al este de Madagascar, era completamente virgen, sin actividad humana anterior conocida. Con sorpresa encontraron en la isla una gran ave, de más de 23 kilos de peso (es decir, mucho más grande que un pavo), incapaz de volar y absolutamente desprovista de miedo al ser humano (claro, pobre, porque no lo conocía). Lo llamaron “dodo”.

Los marinos portugueses comenzaron a utilizar la isla como parada en sus viajes comerciales, y ¿a que no adivinan qué animal se convirtió en el principal proveedor de carne para los hambrientos marineros, hartos de la carne seca y las cebollas crudas?

Adivinaron.

En 1598 los holandeses establecieron una prisión en la isla. Con ellos llevaron (aparte de los presos) monos, cerdos y ratas. Las tres especies adoran los huevos (especialmente aquellos de aves que no los defienden) así que, entre el hambre del hombre y el hambre de los mejores amigos del hombre (o no tanto), ya imaginarán a dónde fue a parar el pobre dodo.



El dodo según el pintor británico Edwards

En 1681, apenas 176 años después del descubrimiento de Mauricio, el último dodo murió, y la especie se extinguió completamente.

Para conocerlo, hoy sólo poseemos los dibujos de los viajeros, una cabeza disecada y los huesos de una pata.

Así pasa la gloria por el mundo.

Casi como si el dodo nunca hubiese existido.

En 1989 me mudé a Florida, en el partido de Vicente López. Lo primero que me llamó la atención, aparte de la paz y la belleza del lugar, fueron los extraños árboles que estaban plantados en muchas de las veredas de la zona. Nadie, al principio, me supo decir su nombre.

Son árboles altos y bellos, elegantes a su propio modo, con las ramas curvadas hacia arriba como una escoba invertida, que en verano dan una fruta que, al caer, explota liberando un nauseabundo olor —y éste es su único defecto—.

Muchos meses después, investigando en los libros de árboles, descubrí que por toda Florida teníamos plantados cientos de ejemplares de **Ginkgo biloba**.

Extraña cosa. No me pregunten por qué la Municipalidad de Vicente López eligió este extraordinario árbol para dar sombra a sus calles, pero allí están los ginkgos.

Hablemos de ellos.

Las primeras referencias históricas al ginkgo provienen —¿cuándo no?— de los antiguos chinos, quienes criaron artificialmente a nuestro amigos desde el año 2800 antes de Cristo **por lo menos**. Tal extremo está confirmado por el libro de medicina “Pen-Tsao Ching”. Es decir que el ginkgo ha sido compañero inseparable del ser humano desde hace más de 4800 años. Las pirámides de Gizeh ni siquiera estaban en proyecto.

Los científicos sabían que múltiples especies de la familia a la que pertenece el gingko habían existido en el pasado (concretamente en el Pérmico), pero que un gran cataclismo u otro avatar las había extinguido. Se había identificado una especie del Período Terciario (**Ginkgo adamantoides**), pero nadie esperaba ver una planta viva, ya que a fin de cuentas, el Pérmico terminó con el Paleozoico, hace 245 millones de años.

Sin embargo, hay más cosas en el cielo y en la tierra…



Rama y las características hojas bilobuladas de ginkgo.
El nombre de “biloba” está bien puesto.

En 1691, el botánico alemán Engelbert Kaempfer casi sufre un infarto al descubrir en Japón… ¡un ginkgo vivo! Y luego, otro, y más… ¡miles de ellos!

Lo que había sucedido es que, por un azar del destino, el ginkgo había sobrevivido en China. Los monjes conocían sus múltiples propiedades fitoterápicas, por lo que primero lo protegieron, después lo comenzaron a criar en forma artificial y luego lo sacralizaron en sus monasterios. En 1192 d.C. los budistas lo llevaron al Japón, y allí comenzó a extenderse más. En 1700 el Hombre lo llevó a Francia y Alemania, y su extracto es, hoy en día, el fármaco de origen vegetal más recetado del mundo, ya que sirve para mejorar los síntomas del Mal de Alzheimer, la vida sexual, el estado de claridad mental, la circulación sanguínea, entre otros muchos usos clínicamente probados. Sus principios activos son los ginkgoflavonglicósidos. Y toda la planta está llena de ellos.

Los ginkgos son increíblemente longevos. Los de la puerta de mi casa (machos y hembras, ya que se trata de un árbol dioico) posiblemente estén todavía allí cuando **Homo sapiens** se haya autodestruido. Los míos —ya que los considero míos porque pago mis impuestos— tienen unos 50 años de edad, y hoy sabemos que en China hay individuos de más de 3000 años… Así que en el año 4953 ni usted ni yo estaremos aquí, pero los ginkgos de Florida sí.

No por nada la mitología china lo entiende como símbolo de la estabilidad, de la resistencia al cambio, de la salud, de la esperanza, del amor entre los sexos y de… la longevidad. Sirve para el Alzheimer. Vive 3000 años. Adecuado, ¿no?



Detalle de una hoja

En la literatura china del siglo XI, los escritores de la dinastía Sung lo nombran repetidamente. Se dice que el emperador Li Wen-Ho vio un ejemplar una vez, se enamoró de su belleza y lo hizo plantar en el jardín real, haciéndolo famoso para toda la cosecha. Más tarde, el también emperador Shen-Nung se percató de que sus cortesanos más ancianos, algunos de ellos un poquito seniles, mejoraban

notablemente cuando se les suministraban ciertas dosis de ginkgoflavonglicósidos (claro que él lo expresaba de otra forma. Escribió: “El árbol que estás mirando recuperará las mentes de tus familiares y amigos. También es bueno para el corazón y los pulmones”).

Hay múltiples poemas chinos referentes al ginkgo, y se lo ve en innumerables pinturas desde los Sung hacia adelante.

Pero lo importante del ginkgo es que representa un eslabón etéreo entre el presente y el remoto, remotísimo pasado de la Tierra. Si usted visita el Museo de Ciencias Naturales de La Plata, verá que las hojas del ginkgo actual y las de los ejemplares que hace 2 millones de años poblaban la pampa argentina son exactamente iguales. Ya que va, mire el resto del museo. Su colección es la quinta más importante del mundo en ciencias naturales.

Aparte de longevo, el abuelito ginkgo es increíblemente resistente. Aguanta las plagas de insectos, se ríe de los hongos que matan a los demás árboles y hace caso omiso de nuestros contaminantes industriales. Para dar un ejemplo más espectacular, el ginkgo plantado en pleno centro de Hiroshima sobrevivió, algo quemado pero incólume, a la explosión nuclear que devastó la ciudad. Estaba en pie, tranquilamente, en 1946, y comenzó a florecer de nuevo al año siguiente.

La familia de las ginkgoáceas, a la que pertenece abuelito, contaba en eras remotas con miles de especies. Sólo una sobrevive hasta el día de hoy.

Si bien es cierto que las glaciaciones los destruyeron (excepto, por supuesto, en China), ya mucho tiempo antes los miles de especies se habían reducido a una o dos.

Por contraste, las ginkgoáceas cubrían el mundo en grandes, interminables bosques durante el Jurásico y el Cretácico.

Hoy están formalmente extintas (es decir, que sólo están con nosotros porque el hombre las protege).

¿Por qué?

¿Por qué?

¿Por qué?

En la isla Mauricio, entretanto, los turistas se maravillan porque hay (o había, antes de que el hombre comenzara su instintivo trabajo de destrucción) enorme e impresionantes bosques de un árbol extraño, una especie de acacia que no crece en ningún otro sitio.

El problema es que los bosques de acacia sobrevivientes sólo están formados por ejemplares viejos. No hay retoños. No hay brotes. Los más jóvenes de entre ellos tienen todos más de 300 años de edad.

Preocupados, los científicos comenzaron a estudiar el tema, y descubrieron que las acacias de Mauricio **no son capaces de reproducirse**.

Como lo leen. No se reproducen. Ni en estado silvestre, ni en invernadero, ni en cautividad, ni siquiera pidiéndoles por favor. Son una especie de osos panda vegetales.

Claro, me imagino lo que piensa usted. Si hay bosques de acacia, es porque la acacia de Mauricio se reproduce.

Le responderé que no. NO. La acacia de Mauricio, digo, seguramente se reproducía **en el pasado** (más precisamente hace 300 años o así), **pero ya no se reproduce**. Dejó de reproducirse más o menos por la época en que Luis XIV de Francia comenzó con sus problemas de próstata.

La pregunta es ¿por qué?

Sabemos que la reproducción de muchas especies vegetales (de casi todas, en rigor) está condicionada por la acción de diferentes especies animales. Los insectos y ciertas aves son determinantes en la polinización, algunos mamíferos dispersan las semillas…

Ninguna de estas circunstancias estaba alterada en las acacias de Mauricio.

La polinización de estos grandes árboles se cumplía normalmente, las semillas se formaban bien, podían dispersarse como corresponde… Pero los arbolitos no nacen. Nunca nacen. Mueren dentro de la dura cáscara de la semilla. Mueren… Y si no se hace algo, la acacia de Mauricio se extinguirá.

Revisando los documentos antiguos, los franceses descubrieron una curiosa observación de los primeros marinos que llegaron a Mauricio. Ya sé que usted lo ha adivinado, pero lo voy a escribir igual: los dodos de Mauricio se alimentaban de semillas de acacia de Mauricio.

Y nada decían portugueses y holandeses acerca de problemas reproductivos de la soberbia acacia.

La acacia no se reproduce desde 1700. El dodo se extinguió en 1681. ¿Casualidad? Por supuesto, la respuesta en no.

Si usted toma una semilla de acacia y la escarifica (es decir, le pasa una lima, o un rallador de queso, o papel de lija) para adelgazar y ablandar su dura corteza y luego la pone a germinar, el embrión nace tranquilamente y la mínima acacia comienza a crecer.

La relación entre acacia y dodo, por supuesto, es que el tracto digestivo del pájaro ablandaba y desgastaba el acorazado tegumento de la semilla. Cuando ésta abandonaba el intestino, la plantita estaba en condiciones de reproducirse. De esta manera, a lo largo de los millones de años en que Mauricio ha estado completamente aislada, la acacia se convirtió en dependiente para su reproducción de los hábitos alimentarios del infortunado pajarote.

Luego, claro, llegaron mis ancestros portugueses, tenían hambre, una cosa llevó a la otra, el dodo se fue al cielo y condenaron, entre todos, a la pobre acacia a una abstinencia forzosa, perpetua y mortífera.

La pequeña anécdota del dodo no hace más que graficar el penoso y devastador impacto del ser humano sobre la naturaleza, y confirma las palabras del humorista uruguayo Wimpi. El simpático escritor hacía decir, en un cuento, a un perrito a quien el dueño le había amputado la cola: "¿Por qué me cortaste la colita? ¿Acaso creés saber más que el que me hizo el molde? ¿No te das cuenta de que un perro sin cola termina antes?".

Gracias a Dios, la historia de la acacia tiene posibilidades de terminar bien.

En la isla Mauricio, hoy en día, se crían grandes cantidades de pavos y se los alimenta **por la fuerza** (¿cómo decirlo? Se les obliga a abrir el pico y se les introducen semillas de acacia hasta el fondo del gañote) para que su sistema digestivo haga con ellas lo que hacía el del dodo. Y funciona. Luego de haber sido digeridas las semillas y expulsadas, se las cría en viveros de acacia, con la piadosa intención de reforestar los bosques que una vez cubrieron la isla de punta a punta.

El único que no está de acuerdo con el proceso es el pavo, que ya se sabe que prefiere las almendras.

¿A qué viene toda esta historia y qué relación tiene con el ginkgo biloba de la puerta de mi casa?

Tiene que ver, tiene que ver, no sea apurado.

Durante algunos siglos, los paleobotánicos se preguntaron por qué, si los bosques de ginkgo cubrían todo el mundo, de repente comenzaron a retroceder.

En el Cretácico tapaban el sol, en el Terciario eran poquitos, en el Cuaternario se enfrentaban a la extinción, y para la época del nacimiento de Cristo sólo eran criados por el hombre.



Un bello ejemplar de ginkgo

Teniendo en cuenta el antecedente del dodo, y considerando que el principio del fin para el ginkgo biloba en estado natural es la división K-T (así llaman los geólogos al límite entre el Cretácico y la Era Terciaria), algunos hombres inteligentes se pusieron a pensar. Si la sentencia de la acacia fue la extinción del dodo, acaso al ginkgo le hubiese sucedido algo similar…

La reproducción del ginkgo biloba es complicada y muy extraña por lo primitiva. En realidad, todo el árbol es primitivo. En los hechos, es un fósil viviente. Sus vasos leñosos se dividen dicotómicamente (se bifurcan una y otra vez) y cualquier botánico puede certificar que este es un diseño primitivo e ineficiente, que la Madre

Naturaleza descartó hace 200 millones de años.

La reproducción también es rara: el ginkgo es una gimnosperma (las semillas cubiertas todavía no habían sido inventadas). Sus flores femeninas llevan dos óvulos cada una. Cuando el viento poliniza la flor, introduce en ella dos anterozoides (la versión vegetal de los espermatozoides) que se quedan allí sin hacer nada. El fruto cae **antes** de que los anterozoides fertilicen los óvulos, lo cual significa que lo que nosotros llamamos "frutas" (esas especies de aceitunas verdes que caen en la vereda y ya les conté que tienen olor a bosta de rinoceronte diarreico) no son frutas, sino simples óvulos sin fecundar. Como chiste botánico, sería correcto afirmar, entonces, que el ginkgo es "un árbol ovíparo"…

Mucho tiempo después, ya descompuesta la carne del óvulo, los anterozoides nadan ayudándose con sus cilias hasta la cámara polínica de la oosfera y fertilizan uno de los dos óvulos, produciendo la semilla. Sólo el ginkgo y las cicadáceas tienen esperma móvil, capaz de alcanzar la cámara desplazándose por sus propios medios. En la época de los dinosaurios eran muy comunes. Fósiles vivos. Maravillas.

La extrañeza del ginkgo siempre ha llamado a confusión a los botánicos: por empezar, casi todas las gimnospermas son monoicas, es decir que ambos sexos conviven en la misma planta. El ginkgo no: tiene árboles machos y árboles hembras.

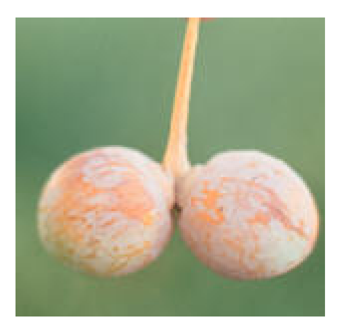
Antes se lo clasificaba entre las coníferas (¿de dónde, si no tiene conos?) pero ahora, sabiendo que se parece mucho más a las cicadáceas que a las coníferas, y que es el único eslabón entre los helechos y las plantas superiores, decidieron clasificarlo de la siguiente manera: Reino Plantae (plantas); Subreino Tracheobionta (plantas vasculares); Subdivisión Spermatophyta (plantas con semillas); División Ginkgophyta (ginkgos); Clase Ginkgoopsida (ginkgópsidos); Orden Ginkgoales (ginkgales); Familia Ginkgoaceae (ginkgáceas); Género Ginkgo (ginkgo); Especie biloba (el árbol de la cuadra de mi casa. Mentira. Le pusieron así por la característica forma bilobulada de sus hojas).

Como el lector inteligente comprenderá de inmediato, **Ginkgo biloba** es la única especie viviente del género Ginkgo, que es el único sobreviviente de la familia de las Ginkgáceas, que a su vez es la única que existe del orden de los Ginkgales, que no es más que el último existente en la clase de los ginkópsidos, que a su vez es el solo representante sobre la Tierra de la división de las ginkgófitas.

Un árbol extraordinario, ¿no creen?

Volvamos a su sexualidad: una vez formada por tan complicado método (que incluye capacidad de natación) la semilla, se pueden distinguir en ella tres capas: el embrión, formado por la endotesta, el tejido nutritivo y su vaina, la esclerotesta, dura como madera, y la sarcotesta, que es la parte carnosa. Esta última contiene ácido butírico, que, como su nombre lo indica, se encuentra también en la manteca podrida y por ello tiene tan desagradable olor.

Ahora viene lo interesante: si usted quiere producir un árbol a partir de la semilla (lo cual es un grave error, ya que no tiene manera de saber si le va a salir un macho inodoro o una hembra que le apeste el lugar cuando madure), verá con desilusión que la plantita nunca nace. En apariencia, el ginkgo, así librado a la germinación, **no puede germinar sus semillas**.



Frutas (u óvulos) del ginkgo

Como la acacia de Mauricio, no es capaz de reproducirse por sí mismo.

Ahora, si usted escarifica las semillas, haciéndoles cortes con un cuchillo o lijándolas con papel, el embrión nacerá y usted será el orgulloso papá de un nuevo ginkgo. ¡Albricias!

¿Cómo es posible tal cosa? ¿Cómo puede ser que en la época de los dinosaurios el ginkgo se reprodujese sin problemas y de ahí en más, no?

Hoy en día, sabemos que muchos animales se alimentan de las semillas del ginkgo, produciendo sobre ellas los benéficos efectos

que el dodo producía sobre las de la acacia: la ardilla de vientre rojo (Callosciurus flavimanus), la civeta de máscara (Paguma larvata), el gato leopardo (Felis bengalensis) y el nictereutes (Nyctereutes procyonides) en China; la ardilla gris (Sciurus carolinensis) en América del Norte y la zarigüeya en Australia. Todos ellos devoran la semilla entera y luego eliminan las semillas ya convenientemente ablandadas y escarificadas. Y las comen gracias a que el horrible olor del ácido butírico (el mismo compuesto que le da su olor a la carne podrida) los atrae. Pavada de ingeniero la Madre Naturaleza, ¿no?

Sin embargo, todas estas especies son mamíferos modernos, que no estaban ni siquiera en el tablero de diseño en el Jurásico…

¿Quién escarificaba y dispersaba las semillas del abuelito ginkgo en aquellos tiempos?

Nos vamos acercando a la respuesta: sabemos que los mamíferos multituberculados evolucionaron a fines del Jurásico y se extinguieron por completo a principios del Oligoceno. Tienen la particularidad de que son la única rama de los mamíferos que desapareció en serio, es decir, que no tienen descendientes vivos al día de hoy. Sabemos que una especie, concretamente **Multituberculate ptidolus** se alimentaba de semillas de ginkgo. Multituberculate era una simpática ardilla con cola espiralada como la zarigüeya, que vivía sobre árboles altos (el ginkgo es un árbol **alto**, mide 40 metros) y sus dientes estaban adaptados a partir nueces y alimentos duros.



Multituberculate ptidolus

Pero Multituberculate desapareció hace 33,7 millones de años, luego de haber aparecido hace 140 millones de años.

Los ginkgos están aquí desde hace más de 210 millones de años. No había mamíferos a principios del Jurásico ¿Quién vivía junto a ellos para hacer el trabajo?

¿Cómo sabe uno lo que comió una lechuza? Las lechuzas devoran un ratón entero (de hecho, lo devoran **vivo**), digieren la carne y luego eliminan los huesos y la piel en una bola compacta llamada "egagrópila". Estudiando la egagrópila conocemos la dieta de la lechuza.

¿Cómo sabe uno lo que comió un dinosaurio? El dinosaurio devoraba lo que fuese que comía, y luego defecaba. La materia fecal se fosilizaba y se convertía en lo que llamamos "coprolito" (piedra de caca, traducción literal).

Partiendo con paciencia los coprolitos y mirando en su interior, conocemos lo que comía cada especie de dinosaurio.

¡Bingo! ¡Adivinó otra vez! El mundo está lleno de coprolitos jurásicos que contienen…

¡Semillas de Ginkgo biloba!

Los dinosaurios fueron, desde el principio de la era Jurásica, los responsables de escarificar las semillas de los ginkgos.

Luego, un gigantesco asteroide de iridio cayó sobre la costa de Yucatán, y los dinosaurios se fueron, como el dodo, al cielo de las aves (o reptiles) buenos.

Y el ginkgo se vio en problemas.

Durante millones y millones de años amenazó con extinguirse, pero, gracias a la Madre de todos nosotros, los amigos mamíferos (usted y yo, empezando por nuestra versión ávida de ginkgo, Multituberculate) ya estábamos en camino.

Entre la muerte de los dinosaurios y el dominio de la verdad láctea el ginkgo sufrió un grave retroceso que casi lo llevó a la inexistencia. Luego, Multitub tomó sobre sus hombros la tarea, y desde fines del Oligoceno y en adelante se ocuparon de ellos los mamíferos más evolucionados.

Aunque parezca mentira, bajo el árbol de la puerta de mi casa dormían los dinosaurios.

¿Que suena increíble? Acaso a usted. A mí no.

A mí, que he visto, en una excavación de una empresa de servicios en la esquina de Cabildo y Juramento los restos de una barbacoa de Tigre Dientes de Sable (Smylodon bonaerensis: tome su gato, hágalo crecer hasta el tamaño de una vaca Shorthorn, póngale dos colmillos de 90 centímetros y sabrá de lo que le hablo) realizada por el primitivo habitante del barrio porteño de Belgrano; a mí, que me he extasiado ante el gliptodonte desenterrado en la estación Congreso por los obreros que abrían el túnel del subterráneo (un armadillo del volumen de una camioneta de buen porte), a mí, que he acariciado la espalda de un **Eoraptor lunensis** (el ladrón del amanecer, qué nombre poético) aflorando entre las rocas… A mí no me cuesta nada imaginarlo.



Soberbio ginkgo en otoño

Imagino a los **Notosuchus** (cocodrilos jurásicos gigantes) arrastrándose trabajosamente a través de lo que hoy es Avenida San Martín en Florida y cruzando las vías del tren para pararse frente a mi casa, las bocotas abiertas esperando que cayeran las nutritivas semillas.

Puedo ver a las **Miolanias** (especie de titánicas tortugas) devorando las semillas por la calle O´Higgins, mientras los **Sarmientichnus**

scagliai, muy pesados después del banquete de hojas y semillas de ginkgo, eran acechados por sus depredadores.

Todo ello ocurrió.

En todo el mundo, en la Argentina y en Buenos Aires.

En la puerta de mi casa.

Y de la suya.

Un poco de arte entre tanta ciencia:

“Esta hoja de un árbol oriental
ha llegado a mi jardín.
Revela un cierto secreto,
que me complace a mí y a los que piensan.
¿Representa Una criatura viviente
que ha decidido dividirse?
¿O eran Dos que han decidido
que debían unirse y ser Uno?
Para responder a esta cuestión
yo he encontrado la respuesta:
¿Te das cuenta, leyendo mis palabras
que soy Uno y Dos al mismo tiempo?”

Como un reloj

Lucas Knight

La voz de mi suegra perforaba mi cerebro. Su chillido era el equivalente humano de uñas afiladas contra un pizarrón. Sin embargo, yo asentía con la cabeza y sonreía a cada una de sus palabras. Mi esposa había amenazado con dejarme dos días atrás, así que había estado haciendo buena letra desde entonces. En realidad, no tenía ninguna otra cosa que hacer. La fábrica en la que había trabajado durante siete años había cerrado hace meses.

No teníamos un centavo. Pasaba la mayor parte del tiempo pensando en mudarme para conseguir un trabajo.

Mi esposa y yo estábamos sentados en la mesa de la cocina, tomando café y escuchando los chismes y consejos que escupía mi suegra. Intenté ignorar el ruido que salía de la boca de la vieja y recordé el aviso de corte que había enviado la compañía de electricidad por falta de pago.

¿Era para el 8 o el 18?

No podía acordarme. Entonces las palabras “repleto de dinero y joyas” salieron de los labios arrugados y pintarrajeados de mi suegra.

—¿Qué? —pregunté sin pensar. Mi mujer, Karen, me miró como si acabara de dejar cubierto de barro el piso que ella había estado fregando agachada. Janice (mi suegra) dejó de cacarear y me miró de la misma forma.

—Los Hobner —dijo Janice cortante—, estaba hablando de los Hobner.

—¿No estuviste escuchando a mamá? —tuvo que añadir mi esposa, a la espera de una respuesta.

—Ah, sí. —Tenía que desviar esta conversación rápido hacia donde quería—. ¿No solía trabajar para ellos?

—Sí. Antes. Lo que digo es que no entiendo cómo hacen para arreglárselas hoy en día. Especialmente los martes, cuando Irwin la deja porque está en tratamiento. Yo me ocupaba de bañar y cuidar a su esposa, Elaine. Estaba muy enferma, había tenido una apoplejía y no se podía mover. Pobrecita. No sé cómo se atreve a dejarla sola.

—¿Qué tipo de tratamiento tiene que hacerse él?

—No estoy segura, algo de un riñón. Pero estoy muy preocupada. Tal vez tendría que llamar a alguien; todos los martes la deja sola varias horas.

—¿Cómo es que ya no la cuida más?

—Irwin me dijo que creía que podía manejarse solo. Hace meses que no voy a su casa. ¿Qué te parece, querida? ¿Tendría que llamar a alguien?

—No. —Mi esposa respondió lo de siempre:— Que se arreglen.

—Pobrecita, cuando dejé de ir estaba sorda y completamente ciega.

—¿Qué era lo que dijo sobre el dinero?

—Ah, esa es la otra cosa, el viejo Irwin es un gran coleccionista, y deja dinero, y joyas, y cosas de valor tiradas en toda la casa.

—¿En serio? —dije.

La casa de los Hobner era una verdadera mansión. Al menos lo era para nuestra zona; aquí la mayoría de la gente vive en casas rodantes o en casuchas que se vienen abajo. Yo había tenido mi propia experiencia con los Hobner y su escalofriante mansión. El señor Hobner tenía un jardín con una huerta enorme. Cultivaba muchos más alimentos de los que él y su esposa enfermiza pudieran comer en vida. Así que agarraba a cualquier niño del vecindario que caminara por las cercanías y le hacía llevar un montón de comida a cuestas. El viejo hijo de puta me obligó a hacerlo varias veces. Las dos cosas que más recordaba de su casa eran los relojes y los gatos. El señor Hobner arreglaba y coleccionaba relojes. Con más de ochenta años en el planeta, había arreglado cientos, tal vez miles de relojes. Relojes de pie, relojes con alarma y sus favoritos, los relojes cucú. La esposa no le permitía guardar los relojes en toda la casa, así que él había metido todos en la cocina. No se podía distinguir el color de las paredes de la cantidad de relojes que había, de todas las formas y tamaños.

La señora Hobner amaba los gatos. El resto de la casa estaba lleno de gatos de todas las formas y tamaños. Corría el rumor de que el señor Hobner odiaba los gatos tanto como ella detestaba los relojes. Se decía que cuando se moría uno de los gatos, él lo disecaba sin decirle nada a su mujer sobre la pérdida. Supuestamente, la casa estaba repleta de cientos de gatos disecados. Cuando su esposa llamaba a uno de los gatos, el señor Hobner metía uno en el horno por unos minutos, lo sacaba y lo apoyaba en el

regazo de su mujer. Ella le deba unas palmaditas al gatito y el señor Hobner, parado detrás de ella, ronroneaba.

Contribuí con este cuentito antes de la hora de la siesta de mi suegra y ella exclamó:

—¡Qué ridiculez!

Me reí con fuerza hasta que ella dijo precisamente las palabras que podían arruinar la alegría del momento:

—¿Cuándo vas a ponerte a trabajar?

Eso mismo quería saber yo.

Esa noche no dormí nada. Estuve pensando en todo el dinero y los objetos de valor desperdigados en esa casa, con nadie más que una mujer ciega y lisiada para cuidarlos.

Especialmente los martes, que Irwin la deja porque está en tratamiento.

La casa de los Hobner estaba muy alejada del centro. Sin vecinos. En teoría, podía entrar a la casa durante el día y salir con todo el dinero y las joyas que quisiera. Nadie sabría que yo había estado allí. La casa estaba abarrotada de basura y diarios. Dudo que el viejo llegara a notar que faltaba algo. Me quedé en la cama, con los ojos abiertos. Mi mujer roncaba a mi lado. Me iba a dejar, podía darme cuenta. Era tan fría conmigo últimamente, sus miradas estaban llenas de asco. No habíamos hecho el amor en meses.

No podía encontrar trabajo en ningún lado. Teníamos que dejar este pueblo. Todos mis amigos y compañeros de trabajo ya se habían ido en busca de algo mejor. Me sentía como un perdedor de treinta y cinco años. Incluso mi mejor amigo, Denny Norris, se había mudado. Un día se fue de repente. Ni siquiera vino a despedirse. Debe estar yéndole bien, probablemente esté demasiado ocupado para llamarme.

Estábamos en la ruina. Sólo era cuestión de tiempo antes de que no tuviéramos ni para comer. Necesitábamos algo de plata. Sólo lo suficiente como para empezar una nueva vida en otro lado. Dinero para sembrar. Pero yo nunca había cometido un delito. Bueno, nada serio. Cuando tenía doce años robé revistas de historietas y un par de botellas de Coca Cola del almacén. Mi carrera delictiva terminó cuando una de las botellas de Coca Cola se me cayó de la campera y se rompió en el piso del negocio.

Los ronquidos de mi mujer y la visión de pilas de dinero juntando polvo en la vieja casona me mantuvieron despierto hasta el amanecer.

Observé al viejo Hobner que caminaba enérgico desde la

puerta principal de la casa hasta su jeep. Se mantenía bien por tener ochenta y pico de años. Condujo el auto por entre los arbustos sin verme. Mi corazón latía con fuerza cuando pasé por delante del garaje en dirección a la puerta. Examiné todas las ventanas en busca de alguien que se moviera, o incluso un gato. Pero no había nada a la vista salvo unas cortinas rojas recargadas. La puerta principal no estaba cerrada con llave. Sólo los paranoicos incurables trababan sus puertas por acá. El primer cuarto al que entré era la cocina. El tictac de los relojes era ensordecedor. Dios mío, con razón la vieja se los hizo guardar ahí. Cuando entré al comedor, o lo que alguna vez había sido un comedor, el olor a pis de gato casi me hizo vomitar. El lugar estaba repleto de cajas y bolsas con revistas, diarios, libros y correspondencia vieja. ¿Alguna vez había tirado algo a la basura esta gente? En todos los cuartos que atravesaba, miraba por la ventana por si el viejo bastardo volvía con el auto a buscar un bolso o cualquier otra cosa que se hubiera olvidado. Lo último que necesitaba era que el viejo volviera. Mientras recorría el lugar no podía dejar de pensar en la pobre vieja, enferma y completamente sola. ¿Pero dónde estaba? ¿En qué habitación? El lugar daba miedo. Las paredes estaban cubiertas por retratos de parientes de mirada vacía. Aunque estaba más interesado por los fajos de billetes que pudiera encontrar.

No había ni un solo gato a la vista, ni vivo ni disecado. Los rumores eran un invento. El lugar era enorme, mucho más grande por dentro de lo que parecía de afuera. Las escaleras crujieron cuando subí, el polvo de la baranda se pegó a la transpiración de mi mano. Llegué a un pasillo que parecía el de un hotel antiguo. Era largo y tenía una puerta detrás de otra. Las primeras dos habitaciones estaban vacías, bueno, estaban llenas de cajas viejas y pilas de diarios y revistas. Muy parecido a lo que había encontrado abajo. Abrí cada puerta lentamente, intentando no hacer ruido, aunque en este lugar era imposible. A cada paso que daba el piso crujía y con cada puerta que abría chirriaban las bisagras. Miré mi reloj: 11:40. Tenía que apurarme. Mientras abría la siguiente puerta creí escuchar un auto detenerse afuera. Mi corazón latía apresurado y el sudor caía por mi frente. En caso de necesidad tal vez pudiera salir corriendo y escapar por la puerta de atrás. Seguro, como si pudiera encontrar la puerta trasera en este laberinto.

Primero tenía que revisar bien. Miré por la ventana del pasillo. Era una ventana gigante; podía ver todo el jardín y la entrada que daba al garaje. No había nadie ni se veía ningún vehículo. Tenía dudas sobre la puerta del garaje. ¿Estaba abierta antes? Porque ahora estaba cerrada. ¡Maldición! ¿Por qué no había prestado más atención? ¿Estaba abierta o no? No. La puerta estaba

cerrada. Tenía que tranquilizarme. Encontrar la plata y salir de ahí. Fui hasta la puerta con rapidez y la abrí de un golpe. La habitación estaba a oscuras porque la persiana estaba cerrada. La luz del pasillo permitía ver una cama en un rincón. Era la habitación de la vieja. Entré sin sacar los ojos de la figura diminuta que había en la cama. No se movió cuando mis manos buscaron a tientas entre los cajones de su cómoda. Estaban vacíos. Había una mesita de luz al lado de la cama. Me puse en cuatro patas y me arrastré hasta donde estaban la mesita y la cama. Mi mano temblaba cuando abrí el cajón diminuto. Palpé los cuatro costados sin encontrar nada. Tenía mucho miedo. Bien, ahora sólo tenía que pararme y salir de ahí. Mientras me levantaba, se me ocurrió otra posibilidad.

El colchón.

Muchos de estos viejos escondían sus fortunas donde dormían. Seguía agachado cuando metí las dos manos debajo del colchón. Ni siquiera podía escuchar respirar a la mujer, así que palpé tranquilo. Prácticamente no había peso sobre el colchón, tenía que ver cómo era esta vieja. Miré hacia arriba mientras mis manos hurgaban con la gracia de un adolescente que toquetea los pechos de su novia en el asiento trasero del Oldsmobile de su padre. El colchón se movió apenas y el rostro de la mujer quedó iluminado por la luz que entraba del pasillo. Grité, saqué mis manos y me caí hacia atrás. Las cuencas de los ojos vacías me miraban fijo acusatoriamente. Su sonrisa esquelética brillaba en la oscuridad.

Por un instante creí que se había movido pero luego entendí, era probable que no se hubiera movido en años. Ya me daba cuenta de por qué los servicios de mi suegra dejaron de ser necesarios. Me arrastré como un cangrejo hasta la puerta y me puse en pie de un salto en el pasillo. Cerré la puerta y miré hacia abajo por el hueco de la escalera. ¿Y ahora que iba a hacer? Sin duda el viejo estaba chiflado. ¿Tendría que irme y hacer un llamado anónimo? Sí, y los policías terminarían embolsando los fajos de billetes escondidos. No. Me apuro, encuentro el dinero y compro una vida nueva.

Abrí de un golpe la puerta siguiente y encendí la luz. Al principio creí que había entrado por error a la misma habitación. Era idéntica en todo sentido: un par de cómodas y percheros, en el rincón una cama de bronce y un cuerpo esquelético dentro de un camisón. ¡Pero este camisón era rosa! Volví por el pasillo y abrí la puerta anterior. El primer camisón era azul. Entonces até los cabos:

¡Este tipo está coleccionando esposas!



Corrí hasta la puerta siguiente y la abrí de un golpe. Otra habitación idéntica. Otra cama. Otro camisón. Excepto por el hecho de que éste cubría un cuerpo con carne. No la reconocí. Pero estaba muerta. Fui hasta la próxima habitación y la otra y la otra. Eran todas iguales. Un cuerpo dentro de un camisón en una cama. Al carajo con el dinero. Oí un golpe seco mientras corría hacia la escalera. Venía de una de las habitaciones a las que no había entrado. Tragué saliva y abrí la puerta de un golpe. Lo que encontré era escalofriante y ridículo a la vez. Casi me reí antes de darme cuenta de lo horrible que era. Denny estaba atado a la cama con correas de cuero y tenía la boca encintada. Tenía puesta una peluca negra y un camisón púrpura. Me miraba con ojos grandes y aterrados. Había una gran mancha de sangre seca en su entrepierna.

—Mmmm… mmmm… —intentaba hablar desesperadamente.

—Yo… yo…

Me acerqué hasta él y casi me mato de risa por lo ridículo que parecía. Después de entender todo, empecé a dar pasos hacia atrás.

—MMMM… MMMM… —dijo más fuerte.

—Voy a buscar ayuda. Voy a volver.

Di media vuelta, corrí hacia el pasillo y me detuve de golpe. Irwin estaba parado en la parte superior de la escalera. Tenía un bate de béisbol que golpeaba suavemente contra la palma de la mano.

—Querida, ¿qué estás haciendo fuera de la cama? Ya sabes lo que dijo el doctor. Necesitas reposo.

Se acercó hacia mí golpeando el bate cada vez más fuerte a cada paso.

—Señor… señor Hobner… Usted necesita ayuda. Esto está mal —supliqué.

—Pero querida —movía la cabeza como si estuviera decepcionado—, para qué te esfuerzas, ya sabes que hace diez años que estoy completamente sordo.

Saltó hacia adelante y lanzó un golpe con el bate. Me agaché y le di un empujón en el pecho. Se cayó al piso. Pateé el bate por el pasillo y corrí hacia abajo por la escalera. Atravesé los cuartos atestados a toda velocidad hacia la cocina. Agarré el picaporte de la puerta pero no se movía. Primero pensé que se había trabado pero después vi la traba con candado, con el ojo de la cerradura por dentro. Volví hacia el centro de la cocina y giré en busca de una ventana. Iba a saltar si era necesario. Entonces miré los relojes. Marcaban las 11:59. Observé cómo el segundero se acercaba al extremo superior.

Tic. Tic. Tic.

Chin. Ding. Ring. Clic. Zap. Bing. Bong.

El ruido y el movimiento llegaban hacia mí en todas direcciones. Pequeños pájaros de plástico piaban y gorjeaban al salir de sus casitas. Los ruidos se hacían cada vez más fuertes. Me perforaban el cerebro. Me tapé los oídos.

BONG. BONG. BONG.



Sentí como si el sonido de los relojes se fundiera en un golpe ensordecedor. Caí de rodillas y cerré los ojos en un intento de acabar con el ruido. Cuando volví a abrir los ojos, vi un bate de béisbol acercándose a mi rostro. Recibí un golpe y luego otro sobre mi cabeza. Dejé de escuchar el ruido después de eso.

Me desperté con un dolor punzante en la cabeza. Estaba atado a una cama de bronce, mi boca estaba encintada. Tenía puesto un camisón amarillo. Irwin llegó rengueando a la habitación. Colocó una gran bandeja en la mesita de luz que estaba al lado de la cama.

—Buenos días, querida —puso su mano en mi frente—. Me temo que volvió a crecer ese bulto horrible en tus partes íntimas.

Tomó unas grandes tijeras de podar de la bandeja. Abrió las tijeras y las cuchillas chirriaron.

—Mmm… —dijo al levantar el camisón—. No te preocupes, te lo voy a sacar. Quédate quieta.

Traducción: Damián Levín

Lucas Knight

Lucas Knight es productor de películas que vive en el muy frío (en invierno, claro) estado de Maine, en Estados Unidos. Ha producido, y continúa haciéndolo, materia para televisión y films de bajo presupuesto del género de Terror y Suspenso. Este cuento es una muestra de su decisión de ampliar su experiencia de escritor, incorporando cuentos y novelas a su obra.

Axxón 124 - marzo de 2003
Ilustrado por Luis Di Donna, Taller Gandalf.

Simposio de ecología

Pablo Contursi

1 a 11 de diciembre —susp. 10 de dic.—
Universidad de Stuttgart
(Sede auxiliar: Museo de Ciencias Naturales de Stuttgart)
Stuttgart, Alemania

1 dic.
Expositores:
Dra. Gloria Scholes (Instituto para la Restauración de la Biodiversidad, Nueva Zelandia)
Prof. Jerome Dwizzle Galintzer (Cátedra Watanabe, Facultad de Cs. Biológicas, Univ. de Bologna)
Espectáculo: Ballet de Peengrease

3 dic.
Expositores:
Dr. Evander Swami Kauffman (Univ. Toronto)
Dr. Paul Holyfield (Centro de Estudios Edafológicos, Sudáfrica)

7 dic.
Expositores:
—Ausente— Dr. Evander Swami Kauffman (Univ. Toronto)
Katerina Pawloska-García (Vicepresidenta, AEOEI)

9 dic.
Espectáculo: grupo musical X-Teen Gals
Expositores:
—Fuera de programa— Katerina Pawloska-García (Vicepresidenta, AEOEI)
Dr. William Jiggs Poltrow (Jefe de Depto. de Bioingeniería, Xenera)
Dra. Victoria Trevi (Comisión de Desarrollo Sustentable, Mokai)

11 dic. —Suspendido—
Expositores:
Mörten Nikkelborg (Encargado de Relaciones Públicas, ArcheaLithic)

Gwen Mansillas (FDE)

* * *

El XXXIII Simposio Internacional de Ecología, llevado a cabo del 1 al 9 de diciembre en la Universidad y en el Museo de Ciencias Naturales de la ciudad de Stuttgart, arrojó más inquietudes y discordias que las esperadas. Lo que se suponía sería una comunión de políticas de estado abocadas al logro de objetivos deseados por los países más astutos en materia científica, derivó en el planteo de problemas que aquejan a empresas privadas, menos atenientes al bienestar ecológico global que al márketing, y luego, en batallas mezquinas en las que uno y otro bando se arrojaron acusaciones —y otras cosas, por cierto; véase fotografía en la portada de este suplemento—, o bien se lucieron en sus habilidades para la oferta de servicios y productos —tal el caso de Victoria Trevi, quien vendió, al tiempo que disertaba sobre la influencia de las altas temperaturas en los índices de reproducción de las bacterias del Amazonas, tres especímenes de un novedoso modelo de *Canis familiaris* que no defeca sino los sábados—. El 9 de diciembre fue pródigo en incidentes que me pasmaron.

El primer día resaltó la breve ponencia de la doctora Gloria Scholes, quien aseguró que, de continuar la tendencia alcista de las inversiones en el campo de la blatística, "pronto habrá que contratar a las mismas cucarachas para que *nos* enseñen no únicamente cómo hay que limpiar y fregar los enseres de cocina, sino también cómo preparar las más exquisitas recetas para el paladar humano, dado lo inteligentes *y obsecuentes* que se vuelven día a día". La doctora Scholes propuso interrumpir las inversiones en esta área para "restablecer la armonía, ahora ni siquiera añorada, entre estos dictiópteros y sus predadores naturales —las hormigas, las arañas, etc—". Recordemos que Microblatta Corp. comunicó que destinará 300 millones de dólares en la capacitación y educación de su personal operativo —es decir, las cucarachas—. "La ingeniería genética"—dijo Scholes—, "luego de multimillonarios esfuerzos en aras de mejoras en los genotipos, ha descubierto que algunas especies del orden *Blattaria* poseen —para el uso que les damos— un fenotipo perfecto, y ahora estamos gastando sumas enormes de

dinero para enriquecer su acervo de memes. En realidad, habría que preguntarse si no es que ellas nos han usado; si no es que han usado *nuestra* ingeniería educacional —tal como hicieron con la ingeniería genética— en su propio beneficio. El que se estén convirtiendo en expertas en gastronomía —recomiendo los trabajos de Kouska y Walsinatsz, 2019—, ¿no les dice algo, siendo que desde hace siglos que hemos intentado *echarlas* de nuestra comida?".

Hubo una interrupción, tomada al principio con liviandad y al rato con temor, hecha por un individuo sentado en primera fila, que aseguró haber visto en el patio de su casa, varias veces, a la madrugada, "cómo una pandilla de cucarachas molestaba a un indefenso mamboretá", al que mantenían con vida —parece ser— con la finalidad de prolongar una diversión consistente en remarcar con inquina el desconocimiento que este último tenía acerca de la filosofía de Max Scheler. Otras voces se alzaron para ratificar incidentes similares. "Si eso es cierto" —dijo Scholes— "la ecología planetaria se verá gravemente resentida: hemos tolerado su alfabetización, pero ¡válgame Dios, no queríamos cucarachas tiranas!". Hubo un murmullo general, y luego se presentó el ballet de la organización Peengrease de salvataje cetáceo, que brindó una personalísima interpretación de *El lago de los cisnes*, con un fondo sonoro de variaciones de la composición de jazz *Dolphin Dance*. El final de la obra —surcada por el *leitmotiv* del filme *Jaws*— dejó boquiabiertos a todos los asistentes, lo cual tuvo su costado cómico —ahora que lo veo así escrito—.

A su turno —del todo alejado del tema pautado para su discurso—, Jerome D. Galintzer dijo que las palabras de la doctora Scholes eran de una "soez falta de humanidad", que retrotraía la actual moral occidental a la barbarie de la Edad Media. Pasando por alto algunas reglas básicas de la argumentación, Galintzer —reconocido profesor de Bioquímica en la Universidad de Bologna—, estimó que la doctora Scholes había dado el primer paso en contra del derecho de toda especie *sapiens* a la adquisición de conocimientos. Parte de la audiencia —la *intelligentsia* hipócrita de la tecnociencia, como la llamo yo— recibió esa conclusión con espanto.

El segundo día del simposio, 3 de diciembre, poco se escuchó digno de repetirse aquí. Eso sí, fueron interesantes las reflexiones del doctor Evander S. Kauffman que, partiendo de una arriesgada hipótesis subordinada a las corrientes actuales de la Teoría del Caos,

establecieron una ligazón entre el éxito comercial de los duplicados de Nefertiti y los tsunamis que asolaron las costas de Japón a mediados de la década pasada. La debilidad de sus ideas —ya que se basan en la no comprobada identidad genética de los duplicados con la Nefertiti histórica—, no amilanó al científico, que mantuvo una impavidez admirable —muy notable cuando su calvicie recibió una densa llovizna de café desde la platea—. Se cree que los que arrojaron este líquido habían ido armados con sifones; hubo quienes creyeron que no se trataba de café; hubo quienes creyeron que entre ellos se hallaba Sullivan O´Rourke, principal accionista de una multinacional que vende productos —duplicados de Cleopatra— que compiten con las Nefertitis, de Noosphere. Conocida es la áspera retórica de los catedráticos de la Universidad de Toronto. Evander Kauffman replicó: "He frente nosotros otra prueba de la sumisión causal de la atmósfera —siquiera en su modo local, inofensivo— ante el poder de los clones de la bella Nefertiti". No me quedó claro por qué el doctor Kauffmann tomó partido en una guerra que nada tiene que ver con una ciencia benefactora de la sociedad. O´Rourke se retiró enojado, y yo, confundido: la ciencia actual es verdaderamente ofensiva [*obnoxious*] para la humanidad; hace que consideremos a un grupo de individuos idénticos (seres humanos de sexo femenino, que se venden como réplicas exactas de Nefertiti) como una subespecie del *Homo sapiens*. Es cierto que su carga genética es la misma entre todas ellas, cuando nacen, pero, ¿es lícito razonar acerca de esos humanos como de un mero *grupo*? ¿No es grosero hablar de ellas como si fueran bandadas o cardúmenes, por más modificaciones que como *grupo* causen en el ecosistema? Es una mentalidad que entraña peligros para la misma especie humana.

La siguiente reunión fue en la sala B, la más grande de la Facultad de Geo y Biociencias. El moderador de la charla, el locutor televisivo Gerry Cooney, introdujo a los presentes a una ciencia que en menos de un lustro había logrado avances extraordinarios: la anti-ecología. Uno de los referentes en esta disciplina es la investigadora Katerina Pawloska-García, que asistió en lugar de Kauffmann, ya que éste se había descompuesto, y "a duras penas podía caminar". (Nadie encontró nada de raro en esta explicación. Sin embargo, a mí me sorprendió: no tanto que Kauffmann se viera en dificultades para caminar —de hecho, era rengo— como que Pawloska-García fuese en lugar de él, si esto significaba *en reemplazo*, dado que el doctor Kauffmann era un ecologista recalcitrante). "Un anti-ecólogo" —comenzó la sra. Pawloska-García— "no es, como quieren hacernos

creer los partidarios de una ciencia anticuada como aquella a la que combatimos, un ser impulsado por el rencor hacia la Madre Naturaleza, que tanto daño nos ha hecho, por otra parte” —aquí se escucharon abucheos—. “Digo”—prosiguió Katerina—, “no tenemos ansias de destrucción, no creemos que por reventar a arponazos a tres o cuatro infelices cachalotes se vaya a resolver el problema de la falta de aceite en el mundo, no creemos que la paz mundial se haga más posible sólo por la eliminación de ponzoñas como los mosquitos, las pulgas y los piojos. Lo que señalamos, con humildad pero con fervor, es que la ecología *es cara*“. Eso me sonó extraño; tanto, que perdí el hilo de la charla. Y —es verdad—: otro tanto, por una de las chicas que hacían promociones en el *stand* de ArcheaLithic, a la derecha del asiento en donde yo estaba ubicado.

El café que me sirvieron en el *stand* agregaba otro probable motivo para las lluvias que sufrió Kauffmann: su espantoso sabor. La chica —que de cerca no era nada linda, o quizá se tratase de un efecto del café— entendió que algo andaba mal en mi organismo, y quiso venderme una aspirina. Le dije que no, y le pregunté si había visto a Mörten Nikkelborg, encargado de relaciones públicas de ArcheaLithic, a quien yo tenía que hacer una entrevista, ya concertada por la revista para la que yo trabajaba. Me dijo que no, y —como si una cosa trayera la otra—, me hizo una encuesta, de una prolijidad de entomóloga, casi sin que yo me diera cuenta. Pese a la falta de atención sobre lo que dije, reparé en que no tenía una idea cabal de qué clase de cosas vendía una empresa seria como *ArcheaLithic, siempre a la vanguardia en la satisfacción de las necesidades de los hombres, mujeres y niños del mundo actual; ArcheaLithic, siempre adelante; ArcheaLithic, pida ya una muestra gratis de la última versión de Thy-la-dog, el tilacino posmoderno*.

—¿Tilacino posmoderno? —dije a la chica, desviando mi mirada de la pantalla que había en el *stand*.

—Fuimos pioneros —dijo un individuo que yo no conocía. Era Mörten Nikkelborg.

Claro, *tilacino* es el otro nombre del tigre de Tasmania (*Thylacinus cynocephalus*), primera especie extinta por gracia humana en volver —por gracia humana— a la vida en la historia de la Tierra. Nikkelborg sostenía un vaso vacío, y no tenía buen semblante. No, no.

—¿Qué tiene de especial esta versión del tilacino? —preguntó.

—Demasiado.

Dicho esto, salió rumbo a los baños, a unos veinte metros de

las puertas principales de la sala. Tendría que esperar su retorno, para entrevistarlo. Para este menester, lo mejor era situarme cerca de la entrada.

Los minutos pasaron, y mi entrevista se desvanecía del futuro próximo —y junto con ella, mi buena reputación como periodista— porque Nikkelborg no aparecía. Varias veces supuse que se acercaba, pero todos fueron típicos engaños de mi miopía: en mi proximidad, ninguno resultó ser Nikkelborg. Después del engaño número seis, renuncié a la guardia.

Como mi asiento estaba ocupado por una persona, tuve que contentarme con seguir el discurso de Katerina desde un pasillo lateral, apoyado en una estatua de Haeckel. Haber perdido de vista a Nikkelborg era preocupante, pero rápidamente me desinteresé de su suerte porque quedé cautivado por la investigadora. Mis giras por el *stand* y por la entrada acomodaron mis tiempos con los de Pawloska: en ese intervalo ella se había divorciado de la mitad hispana de su apellido compuesto, un ecologista fanático que se alejó de la sala profiriendo insultos, pues había ido al simposio con la convicción de que Katerina anunciaría allí un radical cambio de fe —imprescindible para el futuro de la relación—. Hay que entender que esta escapada influyó bastante en el comportamiento de William Poltrow en los días venideros y —comprensiblemente—, en mi malhumor. Una vez que se aplacaron los ánimos de los espectadores, la charla prosiguió.

La ecología es cara, según Pawloska, porque no hace falta mantener la cantidad “bestial” de seres subhumanos que pueblan el mundo actual. Supuse que se refería al reino animal, y sólo a él, pero no era así: “En efecto, ¿para qué seguir alimentando y cuidando a millones de babosas, ciempiés, orangutanes, tigres, benteveos, águilas, cangrejos, garrapatas, elefantes, lemures, ombúes, amapolas, rosas y serpientes?”. Una voz ronca —creo que de Adalberto Pinkerton, director del ballet de Peengrease— gritó, con angustia: “¿Usted, como humana, se arroga la responsabilidad de alimentar y cuidar a estas criaturas? ¿Usted? ¡Ni usted, ni yo, ni ninguno de los seres humanos de la Tierra tiene ninguna función en un proceso que le corresponde a Gaia! ¡Somos nosotros, la especie más cruel y egoísta de la Creación, la que se ha encargado de mostrar —con creciente maldad desde el siglo pasado— que *sobramos*, pues toda vez que interferimos en el macro-ecosistema del planeta es para perjudicarlo, para destruir vida, para aniquilar especies que han tardado millones de años en desarrollarse! ¡La Naturaleza estaría mejor sin nosotros!”. Katerina Pawloska no hizo caso y, en superposición con las toses finales del enardecido bailarín

Pinkerton, aclaró: "No quiero decir que el *Homo sapiens* tenga derecho a poseer la Tierra: ¡no hace falta decirlo, desde que *ya es su propiedad*! Agrade o no, somos dueños del planeta entero. Sin embargo, no es esencial para mi proyecto el establecimiento de una discusión sobre dicho tópico. Lo central es esto: hay animales y plantas que ocupan lugar, comen, ensucian, desordenan, aúllan, ladran, rugen, maúllan, pican y muerden; en una palabra: estorban, en tanto *consumen y no producen utilidades*. Una babosa es un organismo que, ante todo, produce babosas: ella misma —puro tejido de babosa— es su primer producto. Una ballena azul es un animal carísimo, pues para mantener sus 100 toneladas de carne y huesos de ballena, debe ingerir toneladas de krill. ¿Cuánto aprovechamos de esa ballena? ¿Un 10%, un 30%? ¿Por ventura, un 50%? Es lo mismo: sigue siendo cara: un kilogramo de krill está valuado en 600 dólares; un kilogramo de ballena vale menos de la cuarta parte de eso. O sea que por cada kilogramo de ballena existente en los mares, estamos perdiendo más de 450 dólares. No pretendo salvar de la aniquilación al krill: sirve, ante todo, de materia prima para ese producto final que son los cetáceos desdentados. Algunos han calculado que el ecosistema antártico cuesta a la civilización 6,4 miles de millones de dólares al mes. Una población de panteras (Vincenz y Pauli, 2015) malgasta anualmente entre 5 y 6 millones de dólares. En cambio, nada nos ofrece una pantera que no podamos obtener en un laboratorio, mediante ingeniería genética: Kunstlader GmbH vende, en más de treinta países, y por menos de 5.000 dólares, un organismo que es *sólo piel de pantera*, y que se alimenta de sus propias heces. El problema de la escasez de aceite comestible, tan perjudicial si pensamos en la reciente conflagración de Groenlandia, se reduciría si se lanzara al mercado un organismo que produjera aceite a bajo costo, cosa que está al alcance de la mano (y que, si no se implementó, es por razones políticas). Mis hijos crecen fuertes y lozanos con Easy Meat, un organismo del tamaño de un ratón que genera hasta 40 kg. mensuales de carne vacuna. Para los vegetarianos, existe V-getAble, una huerta que se siembra y se cosecha a sí misma: ocupa menos espacio que un tablero de ajedrez y produce dos toneladas de alimentos a la semana. ¡Cuánto más podríamos alimentar a los niños pobres del mundo si, por decir, barriéramos de una vez por todas con los bosques y las selvas, repletos de yuyos y malezas inútiles! ¡Cuántas vidas humanas salvaríamos si no hubiera más insectos, transmisores de enfermedades mortales! ¿Para eso queremos biodiversidad? ¿Para que un bicho empapado en veneno se muera —de risa—, para luego tener crías que nos transmitirán la malaria, cuando crezcan —y cuando se cansen de descostillarse de risa—? Y,

ciertamente, ¿quién necesita medusas, jirafas, escarabajos, o ranas?”. Entonces terminó, entre gargajeos de Pinkerton, aplausos de Poltrow y una repartija de caramelos con la forma del logo de ArcheaLithic, el tercer día del simposio.

El 9 de diciembre encontré a Nikkelborg en el *stand* de ArcheaLithic en el Museo Lowëntor de Ciencias Naturales de la ciudad. Estaba contento, y aceptó concederme una nota (ver última página de este suplemento), en el parque Rosenstein. No convenía que se supiera que yo era periodista, y Nikkelborg no puso objeciones a mi pedido de mantener la reunión bajo secreto. Como era todavía muy temprano, el *off-the-record* fue en un bar en otra parte de Stuttgart, porque el café del simposio —dijo Nikkelborg— “no era de confiar”:

—Culpa de unos revoltosos —dijo—, los mismos que atentaron contra MicroBlatta hace unas semanas. Es decir, ¿sabe de qué hablo?

—No —dije yo, mientras olía el café.

—No quiero alarmarlo ni arruinarle el desayuno, pero una agrupación de gente joven autodenominada Mother Roach, adepta a la homeopatía, vertió extracto de cucaracha en el tanque de agua de la Universidad. Por eso nos trasladamos al museo.

Aun así, como el café se elaboraba en la cocina de la Universidad —y dada la lentitud de la cúpula directiva del simposio para asumir la responsabilidad del error—, todos los *stands* contenían todavía esa sustancia purgante. En ArcheaLithic había bronca.

Una camarera *Blatta orientalis sapiens* limpiaba una mesa cercana a la nuestra, y Nikkelborg midió sus palabras:

—Mother Roach defiende el derecho de autodeterminación de las cucarachas —pausa de sorbo de café—; más específicamente, de la *Blatta americana sapiens,* “superiores en espíritu e intelecto al resto de los *sapiens*“, cosa que yo no comparto. (No me malinterprete, no digo que *sean* inferiores. Pienso que *no son* superiores). Creen injusto que el hombre practique lo que ellos suponen es una imposición de servilismo a un ser tan maravilloso.

—Tiene algo de sentido.

—Claro, usted… ¿Le molesta hablar de esto?

—No, para nada, la homeopatía no me hace efecto —dije, y Nikkelborg sonrió—. Y no quise decir eso; pensaba en los recientes

cambios legales, en países como Holanda o Chile, que borran las antiguas diferencias entre los humanos y los otros *sapiens*…

—En Grecia los perros hijos de la ingeniería genética ya pueden negarse obedecer a sus amos. La ley los ampara, y cuando…

—Eso es otra cosa. Decía: Lo que no entiendo es por qué, si defienden a las “americanas”, pusieron en el agua extracto de ejemplares esa especie… ¿No debieron matar algunas, para eso? El cariz legal del problema tiene sus recovecos de interés, si nos centramos en la delimitación de la *presencia* o la *ausencia* de inteligencia en un organismo dado. Pero una vez que a una especie se le otorga el mote de *sapiens*, ¡no hay discusión! Por lo menos, para la ley…

—Ahí está la cosa —dijo Nikkelborg, que no había escuchado mis últimas palabras—. *Debieron matar algunas*, y así lo hicieron, quizá apoyados por grupo extremista de las “americanas”. Y lo publicitaron. Pero estos chicos buscan otra cosa: que los bichos se indignen y se rebelen contra la humanidad.

—Dentro de la cual hay que incluir a la organización Mother Roach, formada por *humanos*, que para algunos es un término mucho más insultante que “bicho”. Si uno se detiene en los genocidios del siglo…

Nikkelborg no escuchó la parte de mi oración que siguió a la primera coma, y dijo:

—Eso mismo, pero eso poco les importa.

—Sería de desear, para ese grupo extremista de insectos, que su maniobra no se descubra.

—Por supuesto, sería un escándalo: ¡El primer caso de terrorismo ejercido por cucarachas; y lo peor: contra individuos de su misma especie! La especie *Blatta americana sapiens* sufriría la primera división *política* de la historia.

—Algo que los humanos…

—El chiste —una nueva forma de terrorismo “martirizador”, que se basa en dañar algo para reivindicarlo— tiene un objetivo bien claro. (En realidad, no está bien decir que “poco les importa”: ¡les importa mucho!; y no se trata de un “chiste”). Usted sabe, la homeopatía es una escuela medicinal inexistente para la ciencia. Inexistente en varios aspectos: las dosis de los extractos son indetectables, aun por los más modernos dispositivos; sin embargo, producen efectos, como yo mismo he comprobado en los mingitorios de la sala B. El asunto es que no hay modo de repudiar el atentado sin otorgar algún mérito a los postulados de la

homeopatía. Mother Roach sabe que la Ciencia no dará su brazo a torcer.

—Qué curioso: pensar que la ciencia se comporta a veces como una ideología.

—Qué astuto: saberlo.

—O sea, si la ciencia no puede detectar vestigios de *Blatta americana sapiens* en el café… Eso libra a Mother Roach de cualquier acusación de crimen.

—Ni siquiera ustedes —ni los de su revista ni el resto de los medios periodísticos—, podrán poner el grito en el cielo. Ni siquiera acá, en Alemania, donde el asesino de cualquier entidad *sapiens* es castigado con la cárcel —esto rige para hombres y bestias—. Supongo que Mother Roach abandonará la homeopatía una vez que logre…

—No es *mi* revista, soy sólo un empl…

En ese momento, percibí que un mozo —*Blatta germanica sapiens*— paraba sus antenitas en dirección a mí. Con un gesto, sugerí cambiar de tema.

—De acuerdo —dijo Nikkelborg. Con rapidez, pregunté lo primero que vino a mi mente:

—¿Cómo hay que juzgar, entonces, la propuesta de la doctora Pawloska?

—¿Ha leído el folleto de la Asociación para la Extinción Organizada de las Especies Inservibles, de la que Pawloska es vicepresidenta?

Respondí que no. En resumen, el folleto dice que de la totalidad de las especies que pueblan el mundo, es mínima la proporción de "biomasa útil". Citando un estudio del Instituto Smithsoniano, Pawloska sostiene que "el 98% de la flora y fauna terrestre no cumple ninguna función ecosistémica favorable a la civilización, salvo impedir que se realice el 2% restante, que son recursos bióticos cruciales". Pensé que esto era exagerado, pero seguí leyendo: "Es absurdo atribuir un equilibrio al sistema ecológico mundial: todo ecosistema se define, precisamente, por su *permanente desequilibrio*. La idea vieja —tan popular a partir de 1970 — de preservar el equilibrio de los ecosistemas no es más que una aspiración, un ideal, y por cierto una *petitio principii*: para preservar una cosa, hay que saber que esa cosa existe. AEOEI ha probado (Necri, 2011; Mushiro, 2018) que tal cosa nunca existió en la Tierra en los últimos 15 mil millones de años". Más adelante, luego de varias páginas de datos paleontológicos, Katerina dice: "Estamos de

acuerdo con respetar la vida de las subespecies *sapiens*, como exige el Tratado de Amsterdam —aunque nuestra opinión es que no debemos confundir ese *respeto a la vida* con una *otorgación de derechos civiles*—. La extinción masiva no es lo que buscamos, *per se*. Lo diré de modo positivo: abogamos por una preservación temporal de ese 2% de biomasa aprovechable. La informática, asistida por la nanotecnología, nos provee de suficientes y eficaces modos de almacenamiento de datos. En pocos años estará disponible a la ciencia el genoma de todas las especies vivientes hoy en día. Cuando esto suceda, podremos almacenar en soportes informáticos toda esa codificación genética. Ya no hará falta el factor biótico en el macro-ecosistema, puesto que para esa época —alrededor del año 2050— tendremos control total sobre el medio ambiente. Como dijo Sherrington, ese adelantado, en 1985: El planeta es el planeta del *hombre*, y hay que eliminar la vida que le impida ser el planeta del hombre". Así finaliza el texto del folleto.

—Pawloska y sus secuaces —dijo Nikkelborg— son cautos en la "cuestión ambiental", el punto débil de sus ideas: la objeción de los enemigos de la anti-ecología, y no me refiero a los ecologistas tradicionales, es que el control absoluto del clima será poco viable, al menos, hasta dentro de cien años. En este marco de antropocentrismo tajante, el respeto hacia la vida animal y vegetal por el que tanto luchó la ecología del siglo XX tiene *algún* sentido mientras se piense que las alteraciones en la biomasa y la biodiversidad, *sí o sí* repercuten en el estado de la biósfera y la atmósfera.

Me empezaba a doler la cabeza, luego de tanta conversación. Le pedí una aspirina a Nikkelborg.

—No tengo —me contestó, y continuó, aceleradísimo—: Si podemos controlar el clima, no necesitamos animales ni plantas. La antigua concepción de la luz solar como magnánima dadora de vida ha perdido vigencia, también. A principios de siglo se hallaron, en las fosas abisales de las islas Marianas, en el océano Pacífico occidental, y también en las del océano Atlántico, entidades que viven aisladas —por completo— del circuito energético de la superficie: gusanos, plantas y peces que sobrevivirían lo más campantes, allá abajo, si el sol desapareciera de un día para otro. No dependen de la fotosíntesis, que antes se consideraba indispensable para la vida; ni siquiera les llega la "nieve del mar", los restos en descomposición de los animales que viven a mayores alturas. La sagrada biodiversidad se deshace como un mito, también, si las fichas con que apuesta la AEOEI están en los casilleros correctos. La extinción de una especie no deberá impulsar

a nadie a rasgarse las vestiduras: Si una planta o un animal fuesen necesarios, se volverán a la vida con suma facilidad; para eso estarán los archivos del Pangenoma 30 (así llaman al genoma de todas las especies existentes al año 2030); de lo contrario, si no fuesen necesarios, no se hará nada… Bueno, sí se hará algo: se mantendrá el archivo.

—Por si acaso, ¿no? Pero, ¿y las especies que mueran desde ahora hasta 2030?

—No serán muchas. Además, un proyecto Pangenoma Alpha, ayudado por cálculos matemático-lógicos, y el bagaje de la física y la química y la biología, etcétera, pretende deducir —dado el estado actual de la biodiversidad— cuáles fueron los estados anteriores. Si esto se logra —y yo lo creo posible—, eso significa que gradualmente se conocerá el pasado. Podrán restablecerse puntos anteriores en la línea de la historia la biodiversidad: llegaremos a conocer especies de las que jamás tuvimos noticia, ya que se extinguieron sin que nadie las descubriera.

—Increíble —dije—. Y ¿qué hay de las especies que no se han descubierto aún? ¿Qué sucederá con aquellas especies que ni siquiera se descubrirán durante los próximos mil años? Nadie puede afirmar que el Pangenoma 30 estará *tan* completo…

—Nadie puede, pero para eso está el Pangenoma Omega.

—Que, imagino, investiga los estados futuros de la bio…

—Ni más ni menos. La idea es que, en algún momento, se alcance el punto Omega, el *estado final* por definición, algo así como el *big-crunch* de la vida terrestre. No creo que esto sea posible, pero…

Nikkelborg quedó con la vista fija en algo que se movía en su muñeca, algo peludo y con rabo, algo que mugía. Durante la charla mi mente había divagado, sin que yo tomara plena conciencia de ello, en un mar de impresiones de fastidio hacia la época en que me toca vivir: ¿no es una locura usar conceptos de la economía en la observación y modificación de la naturaleza? La especie *Homo sapiens* es una porquería.

—¿Qué es eso? —dije impresionado.

—La hora. Son menos veinte, ya. En un rato hablará Poltrow, y…

—Pero, ¿qué es eso?

—Ah, usted dice: *esto*.

Se quitó el objeto peludo, con forma de pulsera, y lo puso en el medio de la mesa. Se movía. Tenía cuernos. Era un Cow-O´Clock,

último modelo. O sea, un reloj-vaca, de moda entre el ambiente gerencial dinamarqués. Tiene partes mecánicas y partes biológicas.

—Teóricamente, esto *es* un bovino, por lo menos desde el punto de vista de sus genes. Pero hace cosas que las vacas no: da la hora actual, mueve la cola para dar la alarma; por otra parte, se mantiene a una temperatura agradable al cuerpo humano… Y le gusta que lo acaricien, así…

Mi dolor de cabeza se combinaba, ahora, con una sensación oscura de asco. En el viaje en tranvía hacia el parque Rosenstein, sitio del museo, reproché a Mörten que no habíamos charlado todavía sobre la biografía del tilacino, y me corrigió, luego de evitar con pasos en zig-zag a una turba de científicos costarricences que festejaba a bordo la obtención de la Copa del Mundo por el equipo de fútbol de su país:

—No. El tilacino no era un tigre, ni tampoco un lobo. Sí habitaba en Tasmania; y era marsupial. El último espécimen murió en la década de 1930. La doctora Gloria Scholes, que sigue la línea clásica de la ecología, amiga de una paulatina restauración de la biodiversidad, fue una de las primeras personas que insistió en la trascendencia de revivir a este animal. Con ayuda del gobierno de Nueva Zelandia, una comisión en la que estaba yo —y que fue germen de ArcheaLithic— tuvo el orgullo de presentar al público el primer “rescate evolutivo” de la historia. (El rescate evolutivo es, para la ecología contemporánea, la negación material, efectiva, del proceso llamado “extinción”. La des-ecología denomina a eso un “retroceso evolutivo”, cosa que no debe confundirse con una “regresión evolutiva”. Pero me estoy yendo por las ramas). Luego compramos al estado de Nueva Zelandia los derechos de comercialización del animal, y el resto es historia conocida. No fue, tampoco, la primera especie exterminada por el hombre: hubo centenares de miles de antecedentes.

—Tengo entendido que la cantidad de especies que hay ahora es el 3% de la que había en la época de Cristóbal Colón.

—Es posible; otras estimaciones hacen caer esa cifra al 0.4%.

Dentro de la sala de M1 del edificio de paleontología del museo había tanta gente que me costó identificar el estrado. Algo me hizo pensar que era un ambiente más apto para un espectáculo que para un coloquio académico. Niños correteaban por los pasillos, entre esqueletos de mamíferos prehistóricos, y en una gran pantalla se observaban repeticiones de jugadas de un partido de fútbol. Había un fuerte olor a cigarrillos y a insecticida, así que fui a tomar un poco de aire a la sala M2, que estaba casi vacía de personas. Allí

me acomodé sobre el pedestal de una réplica inmóvil de *Moeritherium* que miraba hacia el cielorraso con una expresión más bien nostálgica.

Al rato vi a Katerina Pawloska. Caminaba entre las vitrinas de la sala como aburrida, o semidormida. Paul Holyfield pasó frente a mí en compañía de una chica muy joven vestida de azul de la cabeza a los pies; los dos bromeaban todo el tiempo y gesticulaban de manera excesiva. William Poltrow estuvo un largo rato con sus colegas de Xenera, y luego fue a hacerse el simpático con Pawloska. Se lo veía exultante. Unos minutos después, un tropel de payasos —promotores de Noosphere— distribuyó a diestra y siniestra muñequitas articuladas de Nefertiti, dotadas de un rudimentario sistema nervioso y adiestradas para hacer propaganda de su pariente de tamaño natural.

Se apagaron las luces. Un reflector iluminó el cortinado del escenario de la sala M1, y sonó una música que era imposible no conocer —salvo si uno vivía en el fondo del mar, como esos peces—: una canción de las X-Teen Gals, banda adolescente de gran éxito. Sus letras eran cantadas en todas las discotecas. Una de las chicas era la que había pasado tomada del brazo de Holyfield. Constaté que en la gacetilla del XXXIII Simposio Internacional de Ecología figuraba este espectáculo, aunque programado para dos horas más tarde. Alicaído y contrariado, desde el *Moeritherium* divisé un kiosco de Xenera, empresa que creaba los organismos más grotescos del mercado. Ahí compré una aspirina. Rechacé el vaso de agua que la vendedora me convidó.

Las X-Teen Gals terminaron con su show coreográfico y musical disfrazadas de conejos fosforescentes, y acto seguido subió al estrado Katerina Pawloska, para lo cual tuvieron que reacomodar la altura del micrófono, pues se suponía que el primer turno sería de William Poltrow, sujeto de baja estatura. Hubo antes un altercado entre las X-Teen Gals y la investigadora, aunque afortunadamente nada grave. Como ella no dijo nada que yo no hubiese leído en el folleto de la AEOEI, enfoqué mi atención a la chica que me había dado la aspirina. El diálogo con ella fue banal. Dos o tres chistes —malos, pero que a ella le gustaron— me habilitaron para pedirle el teléfono, a lo que ella reaccionó con velocidad pero con desgano. Hablaba poco inglés, así que elegimos cambiar al español. Mörten Nikkelborg me llamó desde la otra sala, justo cuando mi capacidad de ser gracioso experimentaba su más triste declive en días. Además, mi español es tosco. La vendedora de Xenera quedó sola.

—Esto no puede ser —me dijo en voz baja.

—Bueno, no será inteligente, pero…

—No sea idiota: lo que digo es que este simposio es una vergüenza. Estas chicas cantarinas no estaban en el programa.

De mi mochila saqué el programa que habían repartido el 1 de diciembre, día de la inauguración, y se lo di a Nikkelborg.

—Es falso —dijo él—. Si mis intuiciones no fallan, el simposio tal como se había planificado se acabó el 1 de diciembre.

—¿Duró un día, entonces? —dije—. Y todo esto, ¿qué es?

—Un simposio falso, infestado de participantes foráneos, evidentemente.

—¿Y el verdadero?

A unos metros de nosotros, Sullivan O´Rourke jugaba absorto con una muñequita de Nefertiti. Nikkelborg oteó a sus costados, y dijo:

—No tengo idea. Lo peor es que ninguno de mis informantes sabe con certeza qué poder se esconde tras este despropósito. El doctor Evander Kauffman se ha esfumado. Gloria Scholes ha denunciado un intento de secuestro en la habitación del hotel en que se hospedaba. Y lo de Paul Holyfield es otra vergüenza.

—Bueno, yo creo que la chica es bastante linda, aunque es demasiado joven, eso sí.

—¡Holyfield es ahora integrante de las X-Teen Gals!

Cerca de nosotros, un ejecutivo de MircroBlatta Corp., el famoso déspota Willem Tages, espiaba los movimientos de O ´Rourke.

—¿Cómo dice? —atiné a decir.

—¿Ve a esa chica de rosa, con peinado de trenzas y bigotes, y que cantó recién? Bueno, ella es Holyfield. Actuó con el grupo, a pedido de su novia, la chica de azul.

Miré a las chicas, y luego a Nikkelborg, con desconfianza, y le pregunté, mientras O´Rourke reñía con Tages, que le había robado la muñequita:

—¿El célebre doctor Paul Holyfield, el que habló el 1 de diciembre sobre la contaminación de los suelos?

—Exacto. ¿Sabía que Holyfield no es humano?

—No…

—Es usted un miope de pacotilla, pero me tengo que ir. Déjele un saludo a la señorita Mansillas de mi parte. Cuídese: no confíe en nadie. Otra cosa: ¡no está bien vista la cruza de vertebrados con artrópodos!

Esta serie de ocurrencias me hizo pensar que o bien Nikkelborg —ya desvanecido entre la multitud— tenía un sentido del humor áspero y retorcido, o bien había perdido la conexión con la realidad. “¿No habrá tomado alguna droga?”, pensé. “¿Y quién es Mansillas?”.

El Departamento de Bioingeniería comandado por William Poltrow basó su ponencia en hechos, no en palabras. Todo lo que hicieron fue acumular en el escenario un montón de cajas rectangulares, la más chica del tamaño de un gato, y la más grande del tamaño de un ave moa. Si algo faltaba en la sala M1 del Museo Estatal Lowëntor de Ciencias Naturales de Stuttgart para asemejarlo más a un circo, era una atroz exposición de extravagancias [*an outrageous freak show*] como la que podía brindar Xenera. En poco menos de media hora, desfilaron ante mi repulsión homúnculos bufonescos, semi-batracios, destinados a la diversión (el Hoppofroggo), aves gigantes usadas para seguridad hogareña (el Parihau-Kaore), y seres cuya utilidad desconozco (como la mantícora o el muliñandupeli-cascariplumas) o inclasificables (como el *Lgonmus*).

En una demostración de la efectividad del Parihau-Kaore (*Dinornis maximus*), se lo enfrentó con un cuaja, animal mitad cebra, mitad caballo. En el momento en que el ave atacaba al cuaja dentro de una jaula, algunos espectadores manifestaron su disconformidad con lo que consideraron un “acto de crueldad inhumana”. Gerry Cooney, el presentador, estaba absorto. Poltrow acomodó el micrófono a su altura, y replicó: “De acuerdo a la legislación vigente en Alemania, y a los tratados de Amsterdam de 2020, no es crimen el producir heridas, ni matar, a un ejemplar animal o vegetal de una especie que se encuentre protegida, es decir, de la que se guarde una muestra de ADN, siempre y cuando el ejemplar no sea de la subespecie *sapiens*“.

No había contradicción alguna aquí, pues: “La *protección* de la que hablamos, que poco tiene que ver con el significado que se daba a este término en el siglo pasado, y que implicaba la prohibición de dañar a animales o plantas particulares, en tanto aún no se contaba con un archivo genético —ni mucho menos, un proyecto como el Pangenoma, que hasta nos librará de la exigencia de conservar muestras *reales* de ADN—, nos permite la tranquila satisfacción, y sin petulancia en ello, de realizar este evento sin precedentes, en que el público goza, en un entorno científico, de las conquistas…”, etcétera. Esta cháchara marketinera fue combatida por Paul Holyfield, quien todavía ataviado de rosa y con su peinado de trencitas, agarró a un colaborador de Poltrow por el pescuezo. La

trifulca finalizó cuando a Holyfield le dieron una trompada que lo dejó en el piso, y con una trenza desarmada.

Poltrow —respaldado por el retrato de un adusto Haeckel— señaló, sin que cesara la agresividad desde el sector de ecologistas tradicionales, que gritaba y tiraba papelitos al escenario: “Ninguna objeción retrógrada a nuestro proceder es válida”, ya que “Xenera posee los derechos de propiedad del cuaja (*Equus quagga quagga*), animal que, como su nombre indica, no tiene inteligencia comparable a la humana”, y además: “El genoma del cuaja está protegido, en una bóveda inexpugnable del Banco Biológico, en el Archivo del Proyecto Pangenoma, en Tokio, y con *backups* en el Laboratorio del Departamento de Bioingeniería de Xenera, en Arizona, y en la sede principal de la Comisión Europea de Ecología, en París”. Haeckel —su imagen colgada en la pared trasera del escenario— no dijo nada.

Victoria Trevi, representante de la empresa Mokai, inició su charla con un pedido de perdón dirigido al público. Se la veía nerviosa, y estaba ojerosa y desarreglada, como si hubiese pasado la noche en vela. A su lado, una de las X-Teen Gals tenía la misma apariencia. No recuerdo qué fue lo que dijo Trevi, más que nada porque a esa hora el simposio había pasado a un segundo plano para mí, y lo único que tenía en mente era la chica de Xenera. Así las cosas, volví al *stand* para entablar un nuevo diálogo con ella: resultó ser Gwen Mansillas, vocera de la Fundación para la Des-Ecología. (En la gacetilla del simposio que yo tenía no figuraba su nombre; pero Mansillas me mostró otra, en la que sí). En semejante entorno de desquicio, los límites entre lo verosímil y lo increíble se hacían cada vez más borrosos, y —aunque no tomé al pie de la letra lo que esta chica dijo al principio— le seguí la corriente. Buena decisión: mis anteriores pensamientos acerca de ella habían sido puros prejuicios. Descubrí —con pena— que mis chistes le habían parecido estúpidos y deprimentes, y —con una mezcla de tristeza y vanidad— que había fingido embelesarse con mis palabras porque se había embelesado con mis rulos. Eso fue muy ofensivo para mi intelecto, e igualmente placentero para la parte de mi ego que se dedica a medir mi atractivo sobre las mujeres (en verdad, sólo para la parte de mi ego que se dedica a medir el atractivo de mis rulos).

—De algo hay que vivir —me respondió Gwen cuando le pregunté sobre su puesto como vendedora de Xenera—. La FDE no es una agrupación científica, sino filosófica. Ya se sabe la poca bolilla que se nos da a los filósofos en esta era.

—¿“Bolilla”?

—Ah, disculpe, “dar bolilla” es un giro idiomático de mi país

de origen, Argentina. Significa “prestar atención”.

—¿No es popular la filosofía allá en Río de Janeiro?

—Río de Janeiro está en Brasil. La respuesta es negativa, si se refiere a Buenos Aires. No es que antes Argentina fuese un país apto para la meditación filosófica, no. Todo lo contrario. Pero ahora es peor.

Desde hacía unos minutos, Jerome Galintzer daba vueltas alrededor del kiosco. Compró un paquete de galletitas, y dio unos pasos hacia la sala M1, cabizbajo. Luego se volvió hacia nosotros, dijo: “El simposio ha fracasado”, y se fue. Gwen y yo quedamos en silencio, hasta que dije:

—¿Por qué?

—Algunos acontecimientos de índole evolutiva han dejado atónita a la comunidad científica internacional. ¿Llega a ver desde aquí a ese grupo de monos?

Asentí. Una manada de monos arrogantes había arribado a la sala M1 con gran alboroto. Habían tenido problemas en la recepción, pues los boletos que portaban eran falsos. Pese a eso, se enojaron muchísimo cuando se les comunicó que debían pagar si querían entrar. En un descuido de los guardias, ganaron terreno en la sala, y nadie se atrevió a echarlos, pues mostraban dientes y garras en señal de amenaza si alguien se les acercaba. Olían a perfume fuerte —de esos que odio—, vestían con ropajes de rayas celestes y blancas, con números en sus espaldas, y se burlaban de los humanos y de los otros animales. Un escupitajo que lanzaron al escenario fue la gota que rebalsó el vaso —algo tragicómico, ahora que lo veo escrito—.

La violencia se desató con furia: Paul Holyfield, que se había recuperado, se tomó revancha con William Poltrow. Este último halló momentáneamente un escondite, una caja del tamaño de una *Panthera manticore*, pero se vio obligado a salir de ella —elección por demás juiciosa—, para así volver a enfrentar a Holyfield, si bien todo prefiguraba un mal futuro para la integridad de su ojo izquierdo (y ahora su nariz, y ahora su mentón, y ahora de nuevo su nariz). Katerina Pawloska se entregó a un llanto desconsolado, y esquivó —tanto como pudo, es decir: poco— los latigazos que las X-Teen Gals le asentaron con puntería y saña. Adalberto Pinkerton, fuera de control, se trenzó en lucha libre con unos creacionistas fanáticos norteamericanos. El resto del elenco del ballet de Peengrease abrió, una a una, todas las cajas de Xenera y de Mokai, y los engendros salieron al ruedo.

Dos *Dinornis maximus* creyeron conveniente molestar a los

monos. Éstos, tan beligerantes que habían sido cuando en la sala reinaba la paz, se comportaron con suma cobardía ahora que las poderosas aves los agredían. Uno de ellos sacó de un bolso un collar con cuentas de colores brillantes y lo puso delante del *Dinornis maximus* más grande, con la idea de que éste se quedara embelesado. El ave dio muchos picotazos en las cercanías del collar, pero no dio ni una vez en el blanco —si es que quería picar las cuentas—. En otra sala, mucho más grande que las M1 y M2, unos activistas abrían las jaulas de varios *Godzillius* y *Vampyroteuthis infernalis*. Willem Tages fue presa de un *Crossoptilon crossoptilon crossoptilon*, y su estridente pedido de ayuda sólo sirvió para que un *Ussolzewiechinogammarus* y un *Lgonmus* tomaran parte en la carnicería. Había gente que luchaba por contener a un feroz *Gollum*, mientras un babeante macho *Borogovia* perseguía a Victoria Trevi. En los patios del museo un *Ajaia ajaja* y un *Zyzzyva* trataron de comerse a un *Mithrandir*. No pudieron, puesto que un *Dziwneono etcetera*, un *Horridonia horrida* y un *Provocator* arrasaron con todo a su paso. Muchas personas huyeron, pero otras se quedaron a contemplar cómo el *Mithrandir* moría en las mandíbulas y bajo las patas de seis hirsutos ejemplares de *Wakiewakie*. Uno de estos animales luego copuló con una hembra *Leia*. El *Borogovia*, por su parte, había arrinconado a una de las X-Teen Gals, aunque creo que ya no tenía hambre. Unas ecofeministas la salvaron: lo enfrentaron a un *Nessiteras rhombopteryx*, y el *Borogovia* escapó hacia el parque. Tuve miedo: un *Hyla stingi* y un *Pachygnatha zappa* me miraban con hostilidad. La mantícora se reía y cantaba sin parar: “Uno, dos, tres; A, B, C; uno, dos, tres; A, B, C… “.

Galintzer había dado en la tecla: el XXXIII Simposio Internacional de Ecología había fracasado.

Al día siguiente, 10 de diciembre, se organizó una conferencia de prensa, en un aula de la Universidad de Stuttgart, para dar por terminado de modo oficial el simposio. Como muchos de los disertantes estaban malheridos —o fallecidos— luego de la infernal batahola, y como ningún directivo quería reconocer culpas, la ominosa tarea de encarar a los periodistas le tocó a Gwen. Por boca de Nikkelborg me enteré de que las cosas fueron de mal en peor.

—Hizo usted bien en irse a tiempo —dijo—. ¿Vio cuando los del ballet soltaron al *Pimoa cthulhu*?

—No. ¿Qué es?

—No le gustaría saberlo. A propósito, ¿es verdad que se fue de la mano de Gwen Mansillas?

No le contesté, ya que no era un asunto de su incumbencia, y le devolví la intromisión:

—¿Y usted qué hizo?

Mörten Nikkelborg me detestó mucho durante unos segundos, dijo: “Espero que publiquen la entrevista”, y desapareció entre unos jóvenes con remeras de Mother Roach y un desorientado periodista inglés que los había enredado sin querer con el cable de su micrófono. No lo volví a ver. Como Gwen estaba ocupada con la RAI, fui a dar una vuelta por los jardines de la Universidad. A mi regreso al aula, invité a Gwen a tomar unas cervezas. Nos sentamos en una mesa del primer bar que cruzamos. Estuve un rato preocupándome sobre mi artículo: hasta ese día, no había hecho ninguna anotación sobre los eventos del simposio; cuando esto pasa, mi escritura se torna narrativa en demasía, y los editores y correctores me retan. “Salvo que se publique en una revista literaria”, pensé. Esa idea no era la mejor —desde ya—, porque venía adjunta a la idea de ser despedido de mi trabajo. Como si no hubiese existido intervalo entre el fin de la conversación anterior y el principio de ésta, Gwen dijo:

—Esos monos son una mutación de nuestra especie. Los casos mejor documentados ocurrieron hacia fines del siglo pasado, en sectores de la clase social dominante de mi país.

—Creo haber leído algo sobre eso —pausa de sorbo de cerveza—. ¿Un caso de regresión?

La cerveza estaba rica.

—Exacto.

Una “regresión evolutiva”, fenómeno extrañísimo pero no imposible, es el equivalente biológico para lo que la física denomina “milagro termodinámico”. Según Gwen, es una regla general para la historia de la evolución de la vida en la Tierra que los cambios —las mutaciones— en los genotipos de las especies originen fenotipos *nuevos*, que nunca antes han existido. Entran en esta norma razones de tipo matemático, de estadística y combinatoria. Dijo Gwen:

—Un milagro termodinámico —por ejemplo, que las piezas de un jarrón roto vuelvan a formar un jarrón entero— es muy poco probable, mas no imposible. El mismo grado de probabilidad se da en las regresiones evolutivas. Nunca se ha observado que un jarrón se construyera desde sus añicos. Hasta la década de 1990, tampoco se había tenido noticia de ninguna regresión evolutiva.

—Me recordaron a *Homo neanderthalensis* —dije.

—No lo son —dijo Gwen—. El hombre de Neanderthal tenía una capacidad craneana superior a la del *Homo sapiens*. No es el caso de estos monos, que apenas llegan a los 600 cc; vale decir, un volumen algo menor que el del *Homo habilis*. Desde 1990, las regresiones evolutivas han aumentado su expansión geográfica, pero siempre, dentro de las clases sociales altas y medias-altas. (Estados Unidos es en la actualidad el país con más mutaciones). Se sospecha que el aislamiento propio de la clase alta, reacia a mezclarse con la baja, dio lugar a esta alteración.

—¿Holyfield es un mutante? —dije, y aguardé una sonrisa por parte de Gwen. Nada de eso:

—El Paul Holyfield que estuvo en el museo el 9 de diciembre no es un humano común y corriente.

—¿Qué es?

—Un hijo de clones.

Según Gwen, las Nefertitis son seres humanos, aunque nada tengan que ver con la Nefertiti original. Se trata —como yo suponía— de un engaño comercial, algo que a los consumidores no les importa, y en lo que radica el indigno éxito de Noosphere. Lo que yo no sabía es que también se han hecho clones de otros personajes históricos, si bien nunca se lanzaron al mercado, porque nunca lograron pasar la etapa de pruebas: uno de estos prototipos, una copia —falsa— de Alejandro Magno, tuvo hace muchos años un hijo con una Nefertiti. El desenlace no fue el esperado: se dieron cuenta de ello cuando este individuo, a la edad de tres años, resultó ser una imitación de un Carl Sagan adulto (exactamente, de la época en que se publicó *Cosmos*). Sagan ya había muerto, lo cual agregaba escollos para estudiar estos asuntos.

—Los hijos de Nefertiti y Alejandro adquirían, en poco tiempo, características físicas de científicos famosos adultos, del pasado o del presente.

—¿Eran clones de científicos? —pregunté, ya sin temor a la pavada.

—¡No! —dijo Gwen con entusiasmo—. Eran hijos auténticos, reales, de dos personas clonadas. ¡Pero recuerde que ni Nefertiti ni Alejandro eran Nefertiti y Alejandro! Todas las Nefertitis son clones de una mujer ucraniana, Antonishka Danilova —de rostro similar a esa escultura de la cabeza de Nefertiti que todos hemos visto alguna vez, y que está bajo siete llaves en el Museo Egipcio, en El Cairo—. Los Alejandros son clones de un uruguayo, un tal Waldemar

Loverre. Le cuento, pero no le diga a nadie, que estos clones sabían perfectamente que no eran copias de Alejandro ni de Nefertiti, por más que los científicos quisieron convencerlos con todo tipo de artimañas. Tuvieron hijos porque se les dio la gana. Una historia de amor que merece un libro. En fin: Lo maravilloso, lo sublime, lo irracional, es que todo esto no es tan maravilloso, ni sublime, ni irracional.

En biología, el "mimetismo batesiano" es una forma de imitación superficial de un organismo (pernicioso, venenoso), por parte de otro, que no posee dichas características. Un organismo calca, así, el aspecto de otro, para que los predadores —al confundirlo con un animal peligroso de veras—, lo dejen en paz.

—Una especie de mariposa inofensiva, por ejemplo —dijo Gwen—, puede copiar la figura y los colores de otra especie, una mariposa venenosa.

—Entonces —dije—, los sapos y las arañas no la atacarán, porque temerán envenenarse.

Recordé al *Hyla stingi* y al *Pachygnatha zappa*.

—Eso mismo.

Pensé que Mörten Nikkelborg no había estado muy alejado de la verdad, y dije a Gwen:

—Eso significa que el Holyfield que hemos visto el 9 de diciembre en este simposio no es el Holyfield original, sino uno de los hijos de los clones de Danilova y Loverre. Así se explica su errático comportamiento.

La ciencia, la temible, poderosa ciencia humana, es ya tan poderosa y tan temible que un grupo de individuos —los hijos de los clones— de una especie —la humana— reproduce, para asegurarse la persistencia sobre la faz de la Tierra, el aspecto físico de un grupo peligroso y dañino: los científicos. Una inquietud, no obstante, ganaba un lugar destacado en los insondables espacios de mi incomprensión: ¿Por qué tomar como modelo a Carl Sagan, un sujeto que no podía haberse calificado de peligroso? ¿O por qué a Paul Holyfield?

—Probablemente sea —dijo Gwen— que no todos los mimetismos batesianos son exitosos. La naturaleza no siempre acierta. Esos mimetismos anormales, por cierto, fueron causados por errores en el proceso de gestación de los clones de Danilova y Loverre. Algo hace pensar, también, que sus hijos, al nacer, accedieron a un tipo de archivo morfogenético, persistente en el tiempo y el espacio a pesar de la muerte de algunos de los

científicos copiados…

“Bah, la teoría de los campos morfogenéticos”, pensé.

—¿Y qué sucedió con el Paul Holyfield auténtico?

Gwen no sabía. Una *Blatta orientalis sapiens* nos preguntó si queríamos almorzar. Le dije que queríamos.

—La ciencia es una porquería —dije, a modo de conclusión.

—Estoy más o menos de acuerdo. Más, cuando veo que Victoria Trevi vende un perro a la medida de los habitantes de Buenos Aires. No porque me guste pisar excrementos, sino porque la des-ecología —que no es ciencia, sino una filosofía, y más precisamente una ética— favorece la destrucción del concepto de “ecología”.

—Es decir, ustedes están con el bando de Pawloska.

—¡No! —gritó Gwen—. Antes que nada: Pawloska es vicepresidenta de una asociación fundada por uno de sus ex esposos —Gwen hizo un gesto de desdén—. Así que no es el bando *de* Pawloska. La AEOEI quiere eliminar al 98% de las especies (reinos *Animalia* y *Plantae,* pero también *Fungi, Monera* y *Protista*) de la Tierra. La FDE cree que eso es una imbecilidad. Mokai —empresa que se define como ecológica— vende, además de equinos esclavos como el yobbo (*Equus yobbo yahoo*) y hámsters y cacatúas variopintos, polimorfos y políglotas, una serie de “mascotas ecológicas”, diseñadas para disminuir el olor nauseabundo y la basura de las grandes ciudades. Está bien, pero es absurdo que quieran “contribuir al mantenimiento del estado del ecosistema global”.

—No veo por qué.

—Vea: para admitir a una mascota ecológica, hay que acordar que la ecología tiene sentido —en la realidad, no en el mundo etéreo de los ángeles—. La ecología, sobre todo y en la práctica, es la ciencia, o la fe, que se esfuerza en poner límites a la Civilización para que no devaste a la Naturaleza.

—Si Haeckel la oyera… —dije, y me pregunté cómo es que nadie había hecho todavía un clon del fundador de la ecología.

—Haeckel inventó el término “ecología”; aparte de eso, no hizo mucho más por esa ciencia. Pero si un ecologista del siglo XX me oyera, me contestaría que *en teoría,* la ecología es (o era, o debe ser) un estudio de campo mucho más amplio. (Más que nada, diría que es una ciencia, y no una pragmática del conservacionismo ambiental, o de los sentimientos humanos hacia la belleza de las flores y los trinos de los canarios). Rebobino. Civilización vs.

Naturaleza: ¿cuál es la diferencia entre una y otra?

—La naturaleza existe desde antes del hombre, la civilización no.

—Si así es, desde que nació el primer ser humano, todo el planeta es civilización.

—No quise decir eso. Civilización es lo que el hombre hace en la naturaleza… *Con* la naturaleza… *Desde* de la naturaleza.

—Le ahorro preposiciones: Pensar a la civilización fuera de la naturaleza es un error. No hay tal separación. Si la hubiera, ¿por qué no hablar de la civilización de las hormigas, o de las abejas? (No hablo necesariamente de innovaciones genéticas actuales). Las hormigas, desde hace millones de años, poseen tecnología, están altamente organizadas, se comunican con un lenguaje. Lo mismo puede decirse de las abejas.

—No todos piensan así.

—De acuerdo, dejemos el lenguaje a un costado. Si civilización es modificación del entorno ambiental según las ventajas que ésta da a una especie, no puede negarme que los insectos son seres civilizados.

No se podía.

—¿Por qué es tecnología un hacha empuñada por un *Homo sapiens*, y no una vara usada por un mono para extraer gusanos desde dentro de un tronco? ¿Por qué no es técnica arquitectónica un túnel cavado por un topo? La verdad es que nada que fabrique un ser humano puede estar fuera de la naturaleza. Todo lo hecho por el hombre (la cultura en su sentido vasto) es parte de la naturaleza. Por eso, procurar salvar al sistema ecológico planetario de las impías garras de la civilización es querer salvar a la naturaleza de sus propias impías garras. ¿Acaso no hay especies que se extinguen, *desde siempre*? ¿Por qué cuidar a los pingüinos, si *nunca*, *ninguna* especie cuidó a otra —hasta que surgió el hombre con su bendita ecología—? (Y no me venga con que una simbiosis entre dos organismos es una proto-ecología). ¿Acaso no hay insectos que sobreviven contra todo insecticida?

Eso me pareció tan acertado que sentí admiración por Gwen.

—¿Y por qué —dije— es una imbecilidad lo de Paw…, digo, lo de la AEOEI?



—Si bien la conservación de las especies es un error, no hay que creer que su contrario —la eliminación— no lo es. Ecologistas y anti-ecologistas son dos caras de la misma moneda; dos opuestos irreconciliables. Y equivocados. La FDE quiere acabar con la ecología, entendida como el corpus de preceptos, de una encubierta moralidad, que es en la actualidad. También con la anti-ecología, rama biológica del capitalismo —ni más ni menos—. El capitalismo, como doctrina ideológica, y por ende parcial y útil al sector dominante de la sociedad, no puede venir a aconsejarnos sobre *nada*. Es falso que la ecología sea cara para la humanidad: sí lo es para las empresas multinacionales que gobiernan el mundo a su antojo. No salvemos a los pingüinos, ¡pero tampoco los aniquilemos, por favor! No hagamos nada. La des-ecología es una ética.

—¿Una ética budista de la anti-bioética?

—No —dijo Gwen, y agregó en tono de burla—: ¿Las *Blatta orientalis sapiens* son budistas?

—No lo sé. Le cuento, pero no le diga a nadie: no soy un *orientalis*.

—Ah, perdón. A los occidentales, los orientales nos parecen todos iguales.

Los dos reímos.

Gwen no dijo mucho más, pero no hizo falta. Supongo que hablar conmigo la hizo sentirse mejor, luego de la cancelación de su exposición en el simposio. Pobrecita Gwen. Minutos después, yo la acariciaba con mis antenas enruladas en un departamento en la central de operaciones de Mother Roach.

Nació en 1974 en San Miguel (Pcia. de Bs. As., Argentina). Cuando tenía siete años leyó *Robotobor*, de Marco Denevi. Poco después, conoció la Editorial Minotauro, la revistas *Más Allá* (la de c-f, no la de ocultismo) y *Minotauro* (la de los ´60), y —en febrero de 1987— las *Fábulas de robots*, de Stanislav Lem. Es lo que hemos podido rastrear acerca de los comienzos de su gusto por la c-f.

Ha publicado textos en revistas electrónicas españolas (*Adamar*, núm. 1; *Casi Nada*, núm. 32) y argentinas (*Axxón*, núm. 90; *La Mala Palabra*, núm. 10), y antes, en e-zines que se distribuían por redes amateurs (en la época de los BBSs).

Es baterista de la banda de rock Panza, con la que ha grabado los discos *Sonrisas de plastilina* y *El marajá de San Telmo*, y recientemente uno nuevo, que se editaría en julio del 2003.

Por todo lo dicho, se puede suponer que la palabra under no le es extraña, aunque no sabemos si le molesta. Le falta poco para completar una carrera que nada tiene que ver con la música ni la literatura. (Tenemos una pista: P.C. es administrador del sitio web de su banda). Si le preguntan si es pariente de Pascual Contursi, responderá: "Sí, soy el tío". No le crean. Se trata de una artimaña que desemboca en lo siguiente: "Después de Futurama" —dice—, "la tentación de incluir humor en la c-f ha sido irresistible". Si es una justificación de "Simposio de ecología", no hacía falta: esa serie no existía cuando Denevi y Lem escribían sus libros.

Axxón 124 - marzo de 2003
Ilustrado por Valeria Uccelli.

Especie sumamente peligrosa

Ángel Eduardo Milana

Mi especie es inmortal. Bueno, no en el sentido absoluto del término. Si no tenemos cuidado y nos acercamos demasiado a una fuente de energía, nuestra existencia se extinguirá sin posibilidad de reciclar nuestras celdas o, lo que es más importante, recuperar nuestros nódulos archivos de memoria, que es lo que nos hace reconocer como individuos, aún dentro de las fusiones para depuración. Por eso es que nuestra especie, por precaución, habita en las zonas de la galaxia en donde hay pocas estrellas: En la periferia, entre las ramas de la espiral o sobre y debajo de la lente galáctica.

Nos mantenemos en buenas relaciones con otras especies, como es lo normal; a veces nos solicitan que prestemos apoyo a sus navíos para cruzar esos inmensos espacios despoblados o que busquemos a algún explorador que se les ha perdido, cosa que hacemos de buen grado.

Como ya lo expresé, un peligro que afrontamos es acercarnos demasiado a una fuente de energía, como por ejemplo una estrella. Pero las estrellas son grandes y se perciben desde muy lejos. Es más, a veces, por razones de alimentación o reproducción nos acercamos a ellas, aunque previamente hacemos una cuidadosa observación y seleccionamos aquellas con las longitudes de onda adecuadas.

El mayor peligro es caer en el campo gravitatorio de un agujero negro. Eso significaría la destrucción total de nuestra Nave Madre, sin la cual los individuos no podemos sobrevivir. Por eso siempre tenemos varias Pequeñas Naves patrullando el espacio a su alrededor. También aprovechamos estos viajes para cartografiar la galaxia o actualizar datos acerca de ella, conocimiento que compartimos con otras especies.

Si bien es nuestra obligación, como integrantes de una comunidad, saber desempeñarnos en todas las tareas que hacen a la supervivencia de la misma, cada uno de nosotros, como individuos, tenemos preferencias diferentes, cosa que el departamento de Asignación de Funciones trata de armonizar.

Yo, por ejemplo, he cumplido con la mayoría de las funciones, desde el modesto puesto de Estructura, en donde se confunden los nódulos de todos aquellos que pasan por el proceso

de depuración, hasta el de Consejero Superior, con poder de decisión en las más altas funciones de gobierno de la Nave Madre.

Pero la tarea que más me gusta es la de explorador en una Pequeña Nave. Me encanta alejarme de la Nave Madre y de todas las rutas conocidas y andar navegando en las zonas más oscuras del espacio. Cuando la ruta de la misión lo permite, me alejo del plano de la galaxia y alcanzo a contemplar la curvatura de la lente. Tal vez en el futuro, asociados con otra especie, porque solos no podríamos hacerlo, intentemos el salto intergaláctico. En ese caso, yo estaré entre los que precedan a Nave Madre, explorando la ruta.

Todo lo que les contaré acerca del descubrimiento de una nueva especie ya está publicado con el informe oficial, los registros y la bitácora de la misión, pero algunas especies prefieren un relato más personalizado, por eso es que ahora apelaré a mi memoria y a mis impresiones subjetivas, más que a los datos. He aquí lo que sucedió, según mis recuerdos.

Me introduje en la cavidad del piloto y permití que Estructura me penetrara con sus terminales de comunicación y que el resto de la tripulación me reconociera. Esta Estructura parecía algo inexperta, pero no se lo hice notar. Reconocí a Motor y a Depósito por haber realizado otras misiones juntos; eran individuos muy eficientes. Al resto de la tripulación no la conocía.

—Si están todos listos, partimos —recibí el asentimiento de cada tripulante y pedí permiso para salir.

Estructura de Nave Madre abrió una boca al exterior y, con un leve impulso, nos envió al espacio.

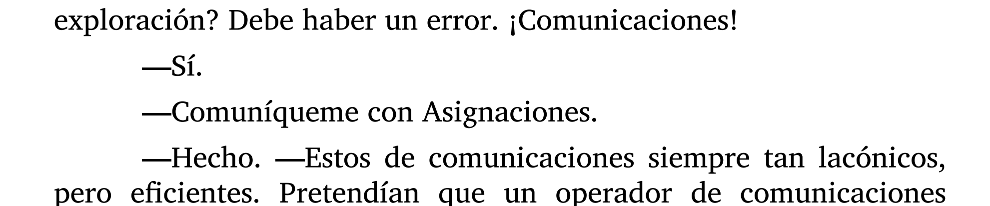
—¡Ohhh! ¡Qué maravilla! —era Estructura quien se maravillaba por el espectáculo. Pero tardó más de lo conveniente en adaptarse al vacío. Esta vez se lo hice notar.

—Disculpe, señor Piloto, ha sido la emoción.

—A mí también me maravilla salir al exterior. Creo que a todos nosotros, por eso siempre estamos dispuestos para estas misiones —agregué, y los demás asintieron—. Pero hay que estar siempre alerta por si se presenta un peligro inesperado.

—Es mi primera misión en el espacio y estoy algo nerviosa. No volverá a suceder.

—¿Tu primera salida y te asignaron a una misión de



exploración? Debe haber un error. ¡Comunicaciones!

—Sí.

—Comuníqueme con Asignaciones.

—Hecho. —Estos de comunicaciones siempre tan lacónicos, pero eficientes. Pretendían que un operador de comunicaciones debe ser tan trasparente que su presencia no debe notarse.

Le expresé a Asignaciones mi sorpresa por haberme asignado una estructura primeriza en una misión de exploración.

—Su estructura ha recibido entrenamiento y está perfectamente capacitada para la misión. Este… verá… resulta un poco difícil conseguir que estructuras experimentadas se presenten voluntariamente para esa combinación Piloto-Motor y ésta estaba ansiosa por salir a explorar.

—Gracias. Corto la comunicación. ¿Motor, oíste eso?

—Sí. No sé qué tiene de raro esta combinación. En todas las misiones que realizamos juntos hemos regresado sin inconvenientes, además de divertirnos mucho.

—Disculpen —era Sensor el que entraba en la conversación —, en mi gremio se dice que son una pareja peligrosa, que se acercan demasiado a las estrellas y que varios han regresado con sus terminales quemados, o al menos chamuscados y sobrecargados.

—Bueno, es cierto que a veces se han sobrecargado algunos terminales y alguna Estructura se ha recalentado, pero siempre he permitido que se regeneren antes de volver a Nave Madre. Muchas veces, también, nos hemos reproducido durante el regreso.

—¡Eso es cierto! ¡Y espero que esta vez no sea distinto! —Éste era Depósito.

—Yo, por previsión, he desarrollado varios terminales de repuesto.

—Muy bien, Sensor. Busca un sitio de abastecimiento.

—Encontrado. —Me transmitió la posición.

—Motor, diez por ciento, para alejarnos… Ahora al cincuenta por ciento. ¡Cincuenta por ciento, dije!

—¡Pero si estoy al cincuenta por ciento!

—O tú eres un fanfarrón o los motores con los que he salido últimamente están para el desguace. Prevenida, Estructura, para maniobra de puesta en órbita. Motor, vuelo inercial. Depósito, aliméntate. Informa cuando termines.

—Gracias. Bien elegida la estrella, Sensor.

Cuando Depósito estuvo totalmente lleno informé a Control que iniciaba la misión y me dirigía hacia la región asignada. Ésta era un brazo de la galaxia del cual se tenían pocos registros y muy antiguos.

—Tripulación, preparada para prueba al ciento veinte por ciento del rendimiento.

—¿Ciento veinte? Los reglamentos dicen que debe ser el ochenta por ciento del rendimiento normal. —Era Estructura, que estaba algo temerosa.

—Esta no es una nave de carga. Si no supiera que todos ustedes pueden dar ciento cincuenta por ciento, no les pediría ciento veinte. ¿Preparados?

Cuando recibí el asentimiento de todos di la orden. Hicimos algunas maniobras bruscas y salió todo normal. Luego de un tiempo prudencial suspendí la prueba.

—Motor, treinta por ciento. Sensor, ya puedes iniciar tu trabajo.

—Te informo, Estructura, que en una Pequeña Nave el único reglamento que existe es lo que decide el Piloto. —Era Depósito, instruyendo a Estructura.

Ahora era todo rutina: Comprobar posiciones y espectros de estrellas, asentar datos, corregir los mapas y, lo más importante, realizar perfiles gravitatorios para detectar agujeros negros.

Ya había transcurrido la mitad del tiempo asignado a la misión cuando Sensor me informó de una anomalía en el espectro de una estrella.

—Es en el extremo de las bajas frecuencias. Nunca antes había percibido algo así —me aclaró, mientras me mostraba el espectro.

—¡Ajá! ¡Qué interesante! Descarta todo y expande esta porción. Comunicaciones, analiza este esquema repetitivo.

—Puedo asegurar que son ondas electromagnéticas generadas artificialmente. Algunas especies las usan para transmitir información a corta distancia, dentro de las dimensiones de un planeta. Pero no es posible encontrarles sentido si no se dispone de la clave.

—En Nave Madre hay capacidad para descifrar cualquier clave. Esto merece ser investigado. Motor, al ochenta por ciento. Comunicaciones, todo lo que registre Sensor, trasmítelo a Nave Madre. Que comiencen a descifrar.

—Ya percibo un sistema planetario. Atenta, Estructura, nos acercamos a una nube de elementos primarios en estado sólido. Hay algunos planetas muy interesantes, pero las ondas provienen de muy cerca de la estrella.

—Motor, vuelo inercial.

—Ya lo tengo. Las ondas vienen del segundo planeta. Es la única fuente en todo el sistema. ¡Está muy cerca de la estrella! Rectifico, tercer planeta, el que tiene un gran satélite. ¡Nos vamos a quemar!

—Tranquilo Sensor, no es para tanto. Prevenidos para maniobra de frenado y puesta en órbita. Nos estacionaremos entre el tercero y cuarto planeta. ¿Estructura?

—Normal. Hay mucha radiación, pero se aguanta.

—Mis terminales se sobrecargan desde esta posición. No puedo investigar al planeta.

—Por ahora recoge datos generales. ¿Has encontrado algo importante, Comunicaciones?

—Es asombrosa la cantidad de ondas distintas en todo el espectro; la mayoría superpuestas. Transmito todo lo que recibo. Tal vez se pueda hallar algún sentido entre todo eso. —El que se mostrara tan comunicativo demostraba lo emocionado que estaba, como todos nosotros, por haber encontrado una nueva especie en un lugar tan despoblado.

—¿Estructura, podremos pasar del otro lado del planeta?

—Mientras Depósito me provea del refrigerante, podremos llegar hasta el primero. De acuerdo con la información de la masa, podré soportar fácilmente que este planeta y Motor se disputen mi cuerpo.

—¡Brava, Estructura!

—No, por favor. Desde el primer planeta yo no serviré para nada.

—No iremos tan cerca, Sensor. Nuestro objetivo es el tercer planeta. Ubica tus terminales de modo que queden a la sombra de Estructura.

Nos colocamos entre el planeta y la estrella y Sensor exploró la superficie.

—La atmósfera me impide recoger datos precisos de la superficie. ¿Podemos acercarnos más?

—Efectuaremos una maniobra delicada. Pasaremos entre el satélite y el planeta, justo sobre la atmósfera. Comunicaciones,

trasmite todo lo que tengas y retrae los terminales. Tú archivarás todos los datos que recolecte Sensor. Estructura, preparada por si hay rozamiento con los gases superiores. Motor, al treinta por ciento.

Iniciamos el acercamiento sin problemas, cuando casi habíamos alcanzado la máxima velocidad, Sensor dio la alarma:

—¡Atención! ¡Peligro! Numerosos objetos pequeños en órbita sobre el planeta. ¡Uno de ellos se dirige a nosotros!

—¡Ayyy!

—¿Qué pasó, Estructura?

—Un objeto se incrustó en mi cuerpo.

—Despréndete de él. ¡De inmediato! Aguanta, Estructura. Motor: ¡A pleno!… ¿Qué fue eso, Sensor?

—Se quemaron todos mis terminales de popa. Parecía una estrella. Reubico terminales.

—¿Estructura?

—A… guanto.

—¿Motor?

—Un aumento de temperatura en mi conversor de popa. Dentro de la tolerancia.

—¡Hic! No me avisaron que nos alimentaríamos. ¡Hic! Me atraganté. Algo picante, pero satisfactorio. Estoy repleto.

—¿Comunicaciones?

—Sin problemas, tenía todos mis terminales retraídos. ¿Puedo extenderlos?

—Espera el informe de Sensor. ¿Nos persiguen?

—No. Parece que son muy lentos para reaccionar. El objeto nos alcanzó porque íbamos hacia él. Se manejaba con ondas electromagnéticas.

—Motor, vuelo inercial. Preparados para movimientos laterales. Nos ocultaremos entre esas rocas, entre las órbitas del cuarto y el quinto planeta. ¿Cómo estás, Estructura?

—…Bien… Razonablemente bien.

No me parecía. Sin pedirle permiso metí mis terminales en su cuerpo, para investigar. ¡Era un desastre! La capa exterior toda quemada, le faltaba un trozo del cuerpo y estaba terriblemente asustada. Rodeé sus nódulos con mis terminales. Había tenido el buen sentido de retraerlos y ninguno estaba afectado. Traté de

tranquilizarla.

—Tranquila, Estructura, enseguida podrás regenerarte. El peligro ya pasó. ¿Dónde perdiste una parte del cuerpo?

—Era donde estaba incrustado el objeto. Para desprenderlo más rápido corté el trozo y lo lancé.

—Caramba, no tengo registros de una estructura que haya hecho eso. Muchachos, proveamos a Estructura de nuestros más tiernos brotes para que se regenere pronto. Depósito, entrégale toda la energía que necesite.

—Ya estoy refinando energía y tengo los mejores compuestos de materia para que se regenere.

—Gracias a todos.

—Si no hubieras actuado con tanta decisión, ahora estaríamos todos quemados. Cuando tú y Sensor estén recuperados totalmente, iniciaremos el regreso.

—Un momento, Piloto, quiero investigar el quinto planeta. Parece una protoestrella adecuada para la reproducción.

—¿Piensas en reproducirte tan cerca de esa especie que ataca sin previo aviso?

—¿Por qué no? No hay ninguna especie racional que se acerque a otra cuando está reproduciéndose —éste era Motor.

—¡Sí, sí! Siempre es buena oportunidad para reproducirse. —Depósito no pensaba más que en alimentarse y reproducirse.

—¿Qué opinas, Estructura?

—Y… no sé. Es mi primera salida. Soy tan joven.

Pero se notaba la palpitación de sus nódulos, emocionados ante la posibilidad de reproducirse. Todos estábamos excitados y esperábamos la confirmación de Sensor. Pero a mí me preocupaba la posibilidad de un nuevo ataque. Mis pensamientos fueron interrumpidos por Comunicaciones:

—Tengo un mensaje urgente de Nave Madre. Transcribo: “¡Atención! ¡Atención! No se acerquen al planeta origen de las emisiones electromagnéticas. Parece ser una especie muy peligrosa. Abandonen el sistema de inmediato. Dejaremos la exploración para otras especies más resistentes”. También me adjuntaron los códigos para descifrar las emisiones.

—¿Entonces, tendremos que volver sin reproducirnos? —Estructura ya se había ilusionado.

—Nadie le da órdenes al Piloto de una Pequeña Nave. Él hará

lo que considere más conveniente. —Depósito confiaba totalmente en mí.

—Confirmado —era Sensor—. Un planeta ideal para la reproducción. Además, está muy alejado del tercero. Prácticamente al otro lado de la estrella.

—¿Cómo estás, Estructura? ¿Aguantarías otra aceleración máxima?

—La aguanté estando mutilada. Ahora, regenerada, con más razón.

—Muy bien expresado. Ya puedes considerarte una veterana. Haremos una pasada sin acercarnos demasiado. Saldremos como para abandonar el sistema y luego regresaremos al quinto planeta. Mientras tanto, aprovecharemos para tomar nuevos registros. Si hay algún peligro abandonaremos el sistema a máxima velocidad. Motor, allá vamos, al cincuenta por ciento.

—Han aumentado considerablemente las emisiones electromagnéticas. Hay muchas superpuestas y varias pulsantes que antes no estaban.

—Aplica tus decodificadores, Comunicaciones. Tal vez traten de comunicarse con nosotros.

—¿No podrán trasmitirnos otro objeto como el anterior? —Estructura estaba preocupada.

—Negativo. Con ondas electromagnéticas no puede transmitirse masa. Aquí encontré algo coherente. Observen eso, que se repite en muchos canales.

—¡Pero si somos nosotros! —exclamó Sensor—. Allí se produce la pequeña estrella… El análisis de la onda de imagen muestra que ha sido una desintegración atómica sucia.

—¿Sucia? Yo pensaba que era un exceso de condimento.

—Hay canales de información de sonidos pero no los entiendo, no tengo los decodificadores.

—Suficiente, nos vamos. Motor, deja residuos para que sigan nuestro rastro. Que piensen que dejamos el sistema.

Nos alejamos lo suficiente del tercer planeta y luego de un amplio rodeo volvimos hacia el quinto. ¡Era el mejor Nido que había encontrado en todos mis viajes! Las radiaciones en el espectro adecuado y suaves, la presión interior sería agradable y hasta un gran remolino para deslizarnos girando alegremente hasta el fondo.

—¡Prevenida, tripulación, allá vamos!

Antes de salir de las capas de nubes unimos nuestros terminales para que los de Sensor llegaran hasta fuera del planeta, para percibir si había algún peligro. El camino estaba libre y emergimos. Llevábamos a remolque a nuestro vástago; por ahora un amasijo de nódulos casi sin cuerpo, pero esos nódulos tenían las características combinadas de todos nosotros. Estructura tejió un capullo a su alrededor que permitía que la suave radiación del espacio profundo lo alimentara y que impedía que perdiera radiación propia. Cuando llegáramos a Nave Madre, los especialistas se encargarían de instruirlo para que cobrara forma y vigilarían su crecimiento.

Durante el viaje de regreso nos cruzamos con varias naves de distintas especies, lo que contrastaba con lo solitario de la región en el viaje de ida. Todas nos saludaban respetuosamente, preguntaban si necesitábamos algo y se despedían de nosotros felicitándonos por nuestro trabajo. Desde Nave Madre ya habían difundido el descubrimiento de una nueva especie y los investigadores estaban en camino.

Entre nosotros, la conversación se refería a nuestro vástago:

—Cuando esté en condiciones lo voy a instruir para el trabajo de Estructura.

—Será el Motor más robusto de toda la flota.

—Yo lo instruiré en cómo debe utilizar sus terminales y para que siempre tenga brotes de reserva.

—Nuestro vástago pasará por todas las tareas que se le asignen, llegará a Piloto y también ocupará un puesto en el Consejo. Y… tal vez… si las circunstancias lo permiten, formará una nueva Nave Madre.

—Si eso sucede yo seré el Puntal de su Estructura.

—Y yo su Depósito Principal.

—Con mi experiencia, seré su Director de Comunicaciones.

Así, pensando alegremente en el futuro, llegamos a Nave Madre. Antes del ingreso, como seguramente nos enviarían a Depuración y luego nos asignarían distintas tareas, me despedí de la tripulación, agradeciéndoles la compañía.

—Estructura —le dije a ella, para que me escucharan todos —, he consultado en los registros de Nave Madre y no hay antecedentes de un Tripulante que se haya mutilado para salvar a sus compañeros. Tu actuación quedará inscripta como ejemplo para todos los individuos que componemos esta Nave.

Entramos, nos separamos y pasamos por el servicio médico. A mí, antes de entrar en Depuración, me indicaron que me presentara

en la sala del Consejo, para darme información.

—Esto que va a ver —me informaron— son los registros procesados de lo que ustedes transmitieron. Ya han sido evaluadas por varias especies y, en general, estamos de acuerdo con su significado.

“La especie predominante es de forma idéntica en todos sus individuos. La diferencia principal radica en su piel, que parece que pueden cambiar a voluntad y muy frecuentemente. La característica que más nos interesa, y que nos repugna, es que están continuamente eliminándose entre sí y a cuanta especie se le pone a su alcance. A veces en forma masiva, otras veces en forma individual. Lo peor de todo es que permanentemente están exhibiendo su actuación. Presumimos que es para instrucción de sus vástagos.

Pedí que hicieran una pausa. Mis nódulos, ya cargados de toxinas, no podían asimilar fácilmente esa explicación. ¿Cómo era posible que instruyeran a sus vástagos en la destrucción? Era comprensible que nos atacaran a nosotros, podían habernos confundido con un enemigo natural, pero… ¡a su propia especie! ¡Eso era una degeneración!

—Comprendemos cómo se siente —dijo uno de los consejeros e inundó la sala con una radiación tranquilizante—. Muchas especies no aceptan esta interpretación, opinan que es imposible que se comporten de tal manera. Creen que debe tratarse de un error y que hay que investigar más profundamente. Prosigamos.

—Además de esta especie, hay muchas otras, de diversas formas, que parecen estar al servicio de la dominante.

»Hemos observado también, aunque sólo en imágenes, una especie muy numerosa que parece ser bidimensional, cosa rara pero no imposible, sus individuos tienen una infinidad de formas distintas, pueden moverse con gran velocidad y algunos están capacitados para viajar por el espacio, pero no se los ha encontrado en los registros directos de la superficie del planeta, conviviendo con la especie dominante. Son notablemente violentos y destructivos. Parecería que tienen capacidad para regenerarse luego de una destrucción total. Algunos piensan que son imágenes para instrucción de sus vástagos, otros que son sus mismos vástagos en un estado embrionario o de larvas.

»Lo que más nos preocupa, a nosotros y a nuestros amigos, es que la especie dominante tiene capacidad para viajar entre las estrellas, aunque nunca se han detectado naves de los tipos que podemos observar en estas imágenes. Afortunadamente, porque

puede apreciarse el poder de destrucción que tiene cada una de ellas.

—Las especies racionales hemos estado de acuerdo en que debemos aislar totalmente el sistema, impidiendo que del mismo salga cualquier artefacto —intervino el Presidente.

—Lo notable —prosiguió otro—, es que no se ha detectado la presencia de otros individuos de esta u otra especie en sistemas próximos. Hay dos interpretaciones: Una es que esta especie eliminó a todas las otras de sus alrededores y luego involucionó, perdiendo la capacidad de viajar a otras estrellas, lo cual no es raro, si se dedican a destruir en vez de construir.

"La otra interpretación es que por allí hubo un experimento de creación de vida inteligente y que, cuando fracasó y se abandonó, la región no fue esterilizada adecuadamente.

—Si se confirma esta interpretación —retomó la palabra el Presidente—, solamente será necesario convertir en nova esa estrella y ¡se acabó el problema con esa ESPECIE SUMAMENTE PELIGROSA!

Ángel Eduardo Milana

Ángel Eduardo Milana nació en la ciudad de Buenos Aires en 1938. Aunque porteño por nacimiento, se considera "multiprovinciano", porque su niñez la vivió en la provincia de Buenos Aires, estudió en Córdoba y trabajó en Mendoza y Chubut; tiene hijos mendocinos y nietos sanjuaninos.

Es ingeniero en electrónica, pero está retirado de la actividad. Trabajó como suboficial de la Fuerza Aérea (mecánico de comunicaciones), en Canal 7 Mendoza (técnico y gerente técnico) y para el gobierno de la provincia del Chubut (Director de Comunicaciones). También ha incursionado en la docencia técnica secundaria y universitaria.

Su actividad literaria es la siguiente: Composiciones escolares (consiguió zafar con notas razonables). Poemas de amor (considerados buenos solamente por la destinataria). Proyectos, memorias e informes técnicos (han sido de utilidad para quienes los han tenido que leer). Informes, memorias, elevaciones y pases administrativos (sumamente aburridos). Unas pocas cartas de lector a los diarios. Unos pocos cuentos de fantasía y ciencia ficción y algunas sátiras familiares (que han divertido a todos los que las han leído, menos al satirizado).

Con financiación propia y de su pareja ha editado *Cuentos con ángeles, demonios y personas extraordinarias*.

Tiene dos novelas de ciencia ficción sin publicar: *La mirada en el infinito* y *Homo molecular*.

En el número 116 de Axxón publicamos su cuento "Migración" y en el número 122 se comenzó a publicar en capítulos su novela *Apuntes sobre la vida sexual de un ángel*, en la sección Andernow, donde tambi&eacuten aparecieron sus cuentos "Un demonio frustrado", "Un demonio muy especial" y "Factoría".

El Gaucho de los Anillos (5)

Otis

"En un overo rosao, // Flete nuevo y parejito…" Así comienza una de las recreaciones clásicas de la literatura argentina, el *Fausto* de Estanislao del Campo. Esta obra, compuesta después de haber asistido el autor a una representación de la ópera *Fausto* en el Teatro Colón de Buenos Aires, se recrea la epopeya del otro *Fausto*, el de Goethe, tomando las formas de la poesía gauchesca. A diferencia del otro gran poema gauchesco, el *Martín Fierro* de José Hernández, Estanislao del Campo intenta contar la historia de modo burlón y desde la óptica del gaucho.

Siguiendo esa línea, presentamos en los números 120 a 123 los cuatro primeros capítulos de *El gaucho de los anillos*, una recreación en formato gauchesco, de la obra ya universalmente clásica de J. R. R. Tolkien, y aquí llega el quinto…

Los días jueron pasando
y era hora e' que se vayan;
y haciendo gala e' su laya
jue a despedirlos gentil
el paisano Bombadil
con su guaina doña Baya.

La misia les dio una cesta
pa'l viaje con empanadas.
"Gracias", dijeron. "No es nada"
respondieron a la par.
"Güelvannós a visitar,
si nos hacen la gauchada."

Por el camino de tierra
tuito el día le pegaron.
Al pueblo de Bri llegaron
cuando la luna salía,
y al ver una pulpería
derechito le enfilaron.

Al boliche lleno de humo
llegó a repostar la tropa;
se sacudieron la ropa
de tuito el polvo del viaje,
y pidieron unas copas
como pa' juntar coraje.

Un payador animao
las seis cuerdas aporriaba;
unos al truco jugaban,
y por la parte de atrás
un baquiano montaraz
solo en lo oscuro pucheaba.

El Frodo acabó achispao
con tanta grapa y cerveza;
se le subió a la cabeza
el alcohol y el guitarriar,
y se puso a malambiar
arriba mesmo e' la mesa.

En un rato, en el boliche
no quedaba nada e' calma.
La gente le hacía palmas
pa' acompañar cada paso;
pero jue a pisar un vaso,
cayó y se rompió el alma.

La tropilla de mamaos
dentraron a carcajearse,
y empezaron a acercarse
pa' ver mejor al petiso.
Pero nada había en el piso:
era como pa' asustarse.

El Frodo, despatarrao,
se dio cuenta del enriedo;
la gente estaba con miedo,
algunos se persinaban,
y vio que el anillo estaba
muerto de risa en el dedo.

Buscando un lugar oscuro
jue esquivando parroquianos,
hasta acercarse al baquiano
que fumaba un cigarrillo;
y al pícaro del anillo
se lo sacó de la mano.

Les gritó dende el rincón
haciendosé el chancho rengo.
"Por qué tanto bullarengo",

disimuló con audacia.
“Siempre me mando una gracia
como ésta cuando vengo.”

“Usté malambea muy bien”,
le respondieron corteses.
“No se ve todas las veces
alguien que ansí se distinga.”
Pero era cosa e’ Mandinga,
aunque naides lo dijese.

Bajito le habló el baquiano
cuando se calmó el lugar:
“¿Quién lo manda jorobar
ansina con la sortija?
¡Pero qué gana e’ enterrar
la pata hasta la verija!”

La verdá que lo asustó
que aquel otro lo supiera;
lo miraba como fiera
cantandolé las cuarenta,
y allí vino a darse cuenta
que la había embarrao fulera.

Le retrucó sin mirarlo,
tratando de hacerse el pollo:
“Mire, yo no quiero embrollo,
que yo ni siquiera sé
quién caranchos es usté
y ya me larga sus rollos.”

A ningún otro crestiano
el gaucho se parecía,
pues hablaba y se movía
con un aire e’ majestá,
y un pedazo e’ oscuridá
la cara le ensombrecía.

“Siguiendo rastros yo vivo
con ojo, oreja y nariz,
sea vaca o sea perdiz,
sean comadrejas o cuises.
El Trancos a mí me dicen,
y soy amigo del Gris.”

Al enterarse de eso
grandes los ojos abrió.
"¿Dendeveras", preguntó
"que usté lo conoce al mago?
¿Él anda por estos pagos?"
Y la respuesta jue: "No".

"Al güen Gandalf no lo veo
dende hace un rato largo,
pero me dejó el encargo
la última vez que nos vimos
de ayudarlo a usté y sus primos
en este camino amargo."

"Pero no puedo si ustedes
me asustan la paisanada.
Ya basta con la pavada,
se van tuitos a dormir
porque vamos a salir
temprano en la madrugada."

Continuará…

Otis
Marzo de 2003



ePUB

Encuéntrenos en http://axxon.com.ar
Otros números de Axxón Móvil: http://axxon.com.ar/c-Palm.htm
Comentarios y sugerencias: axxonpalm@gmail.com
Twitter: **@axxonmovil**
Facebook: **https://www.facebook.com/AxxonMovil**